



DOCUMENTO 4

Mis contemporáneos

Se presentan aquí las impresiones de Juan Sánchez Azcona sobre 18 personajes de la historia mexicana, entre quienes figuran Guillermo Prieto, Ignacio Mariscal, Porfirio Díaz, Emilio Rabasa, Carlos B. Zetina, Francisco Bulnes y Gustavo A. Madero.

El acierto de Sánchez Azcona es que, lejos de presentar a estos y otros personajes bajo la fría distancia del historiador, prefiere contarnos su relación con ellos, cómo se comportaban y hablaban. Más que biografías, escribió retratos hablados de sus contemporáneos tal y como eran en el momento en que los conoció.

GUILLERMO PRIETO*

La "Quinta del Romancero" se llamaba una modesta casita de ladrillo, rodeada de un humilde jardín, en torcida y oculta calleja de la villa de Tacubaya. Era la morada de Guillermo Prieto y en ella murió. Esa casita fué el único patrimonio que dejó el hombre que había sido Ministro de Hacienda de Juárez, y que tan directa y eficazmente intervino en la desamortización de los bienes del Clero. Como Mariscal, Prieto murió pobre. Por desgracia, esas prohibidades a ultranza tienden a desaparecer de nuestras altas esferas políticas, y este es un síntoma fatal para el bien de la Patria.

Cuando conocí al "Romancero" era el diputado al Congreso de la Unión, y todas las tardes tomaba, al pasar frente a su casa, el tranvía que había de conducirlo a la ciudad, donde se apeaba a dos cuadras de la Cámara de Diputados.

Era una figura intrínsecamente interesante, y ese interés se acrecentaba enormemente para quien estaba al tanto de su personalidad política y literaria, de su pasado pintoresco y glorioso, de sus luchas por la libertad y por la Patria, de su hazaña de haber salvado a Juárez, con una sola palabra, de la furia de una soldadesca amotinada. Encorvado ya por los años, poseía, empero, una perenne jovialidad, y amaba intensamente a la juventud. A todos nos llamaba sus "hijos" y se complacía, con exageraciones coquetas, al recibir nuestras atenciones y cuidados. Digo esto, porque más de una vez observé que si en el tranvía iba algún joven amigo de don Guillermo, que se brindaba a acompañarlo hasta el pórtico de la Cámara, el anciano se encorvaba más y acentuaba las apariencias de su decrepitud; si, en cambio, iba solo, le bastaba apoyarse en su bastón para deambular hasta el recinto parlamentario con relativa frescura.

De negro redingote siempre vestido, tocaba su cabeza con suave fieltro, también negro, de anchas alas. ¡Y que cabeza de viejo, más bella! Gallardo mechón de nieve, como un penacho, coronaba la vasta frente y se erguía en medio de los blancos restos de la cabellera que antaño fuera oscura y abundosa. Rostro de palidez de cirio, surcado de infinitas arrugas y tachonado de algunos lunares. Manos

* Nació en la ciudad de México (1818-1897) diputado federal en varios períodos, aun en el Constituyente de 1857. Senador de la República.

sarmentosas, por las que habían pasado, sin mancharlas, todos los tesoros de la República, y que habían pulsado la lira, la más nacional de las liras, en dulces cantos de amor a la china poblana, en rapsodias de épica gloria, en clamores de libertad y de patriotismo.

En su casa, cubierta la testa venerable por fina montera de seda que la ternura conyugal lo abligaba ponerse, Guillermo Prieto gustaba de recibir a sus amigos, viejos y jóvenes, pobres y ricos, próceres y humildes; pero todos de cultura y preparación. Su modesta salita, se convertía por las noches en academia de arte, de ciencia y de civismo.

Su memoria era buena. Sin embargo, cual acontece a menudo en los ancianos, retenía mejor las cosas del pasado, que las más recientes. Era un exquisito narrador, y se complacía en narrar. La repetición de hechos, unida a su temperamento de artista y a su imaginación vivísima, que no había declinado, lo inducía a "adornar" inconcientemente sus narraciones, pues yo le oí narrar el mismo hecho en distintos detalles. ¿Pero que importaba, si la esencia de lo narrado era siempre la misma, y uno no se cansaba de escucharlo?

Murió el viejo patriota dejando a la Patria el recuerdo de su fervor, de su estro y de su honradez suprema, y una falange de descendientes, hombres buenos y útiles, hembras buenas y virtuosas.

LIC. IGNACIO MARISCAL*

El licenciado Ignacio Mariscal fué una de las figuras más puras y respetables del gabinete inamovible del General Porfirio Díaz. Liberal de buena cepa, personalmente apasionado pero patriota cabal y sin ambiciones de lucro, en más de una ocasión habló con firmeza al Caudillo y logró detener, ya que no siempre evitar, la comisión de graves errores.

Pequeño de cuerpo, nervioso y movedizo de gestos, con sonrisa frecuente de peculiar estilo, ofrecía un conjunto un si es no es si-

*Nació en Oaxaca (1829 - 1910). Al triunfo del Plan de Ayutla fue electo diputado al Congreso Constituyente participando en los debates que precedieron a la Constitución de 1857. En 1861 fue diputado federal y nuevamente al triunfo de la República sobre el imperio de Maximiliano.

miesco, que durante medio siglo ocupó sin cesar las actividades de los lápices festivos de México.

Nacido en Oaxaca y graduado en derecho —bien graduado, ciertamente,— desde muy joven participó en la política nacional, habiendo empezado a figurar en las postrimerías del régimen santannista, pero siempre con franca inclinación libertaria. Tempranamente fué miembro del cuerpo diplomático y residió en países de habla inglesa, idioma que llegó a dominar a la perfección. En los Estados Unidos contrajo matrimonio con Doña Laura Smith, bella y virtuosa dama que en México fué muy querida y que supo mucho querer a México.

Don Ignacio fué ya funcionario prominente, de primera jerarquía, bajo los gobiernos de Juárez y de Lerdo. Afirmado en el poder el General Porfirio Díaz llevó a su gabinete al Lic. Mariscal y confióle al fin la cartera de Relaciones Exteriores, que había de desempeñar ininterrumpidamente hasta su muerte. De seguro fué uno de los más notables Secretarios de Relaciones que ha tenido México. Quizá puedan achacársele “a posteriori” algunos errores de detalle; pero su larga gestión, en conjunto, ofrece múltiples motivos de satisfacción y de orgullo para los mexicanos. La mayor parte de los tratados de amistad y de comercio que tiene celebrados México con las principales naciones del orbe, tuvieron su origen bajo los auspicios del Lic. Mariscal. Singular importancia revistieron los tratados de límites con la Gran Bretaña, con relación a la colonia de Belice, y las tradiciones que imprimió a la política mexicana con respecto a nuestras relaciones con los Estados Unidos de Norteamérica y con nuestros fraternales vecinos de la América Central.

En las épocas más hermética de la dictadura porfirista, los hombres de la oposición sana y de buena fe tuvieron en Don Ignacio Mariscal un apoyo defensor, y en repetidas ocasiones fué él quien llevó a conocimiento del General Díaz la realidad de determinados sucesos, deteniendo las iras y las severas represiones del Caudillo.

Mucho conocí al señor Mariscal. Desde niño yo, lo traté en el seno de su hogar. Más tarde, durante sus temporadas veraniegas en Tacubaya, varias veces por semana acudía a escuchar sus sabrosas y nutridas charlas en la casa de Don Guillermo Prieto, con quien rivalizaba en remembranzas relacionadas con grandes acontecimientos de nuestra historia.

No sólo fué el derecho internacional y la ciencia del estadista lo que ocupó y preocupó el espíritu del Lic. Mariscal. También fué poeta y teósofo. Sobre teosofía gustaba mucho de hablar, cuando se encontraba en círculo íntimo. Notablemente fiel y pulcra es su traducción de "El Cuervo" de Edgar Poe.

Siendo yo Diputado, di ciertas oportunas y sensacionales informaciones a el periódico "El Diario", lo cual irritó y desagradó profundamente al señor Mariscal, porque a su juicio tales informaciones, que él guardaba en el más hondo secreto de su cartera, no debían ser todavía del dominio público. Pero a mi juicio sí debían serlo y de urgencia; por eso las estampé en cuanto las hube. La irritación de Don Ignacio estribaba principalmente en su curiosidad de conocer el conducto que me había servido para obtener los datos publicados, cuya veracidad no pudo negar. Gestionó que la Cámara de Diputados me consignara al Gran Jurado, por el delito de "revelación de secretos" (¿?) pidiendo que fuese yo desafortunado y entregado a un juez. Discretamente se me hizo saber que si revelaba el origen de mis informaciones, la acusación sería retirada. Mi deber profesional de periodista me obligó al silencio, y el proceso siguió su curso en la Cámara. Informé luminosamente el presidente de la comisión del Gran Jurado, yo pronuncié algunas palabras de defensa en la solemne sesión en que se me juzgó, y fui absuelto por unanimidad de votos de los Diputados. Pasados unos días, visité al Lic. Mariscal, y espontáneamente le confíe el origen de mis informaciones, convenciéndolo de que ningún empleado de la Secretaría, ni alto ni bajo, había tenido intervención en el asunto. Mi triunfo periodístico se había debido a una verdadera ingenuidad, que alguna vez he de narrar en detalle. No me guardó rencor el señor Mariscal, y seguimos siendo buenos amigos.

Sentí mucho su muerte, ocurrida antes del movimiento maderista. Durante mi breve paso por la jefatura de la Secretaría de Relaciones, en 1920, dispuse la adquisición de un magnífico busto de mármol del Lic. Ignacio Mariscal, para que fuera colocado en el salón de Recepciones. Supongo que allí ha de encontrarse todavía.

IGNACIO M. ALTAMIRANO*

En el pasado siglo XIX culminó la vieja raza de bronce en la vida pública de nuestro México. Muchos fueron los indios de raza pura que se distinguieron en la milicia, en la política, en las artes y en las ciencias. Baste recordar los nombres de Juárez, de Ramírez, de Altamirano. En el campo de la reacción culminó Mejía. En cuanto a los mestizos distinguidos, en quienes predominaba la sangre autóctona, fueron incontables. Se diría la reivindicación de Cuauhtémoc, o mejor la definitiva fusión objetiva de las dos razas creadoras de la nacionalidad.

Cuando nació Altamirano, se llamaba Ignacio Manuel a secas, según la costumbre de las familias indias sometidas al conquistador ibero. El apellido Altamirano le vino porque se lo legó un virtuoso sacerdote residente en Tixtla, su ciudad natal, quien lo educó en las primeras letras, le enseñó el habla castellana y le señaló los primeros senderos que lo condujeran a tan alto encumbramiento intelectual. Porque Altamirano, como Juárez de pequenuelo llevó la vida del indito montaráz, que ayuda a sus padres en el cuidado de los ganados que pacen entre las selvas y por los llanos. El buen cura Altamirano, al enseñar a Ignacio Manuel lengua hispánica, silabario y catecismo, advirtió en él singular facilidad de comprensión e inteligencia muy despierta, y decidió, como antes dije, abrirle horizontes que le preparasen mejor condición en su vida. Logró consentimiento de los padres de Ignacio Manuel para retirarlo del campo y ponerlo a estudiar en la escuela de la cabecera, en la cual el indito siguió distinguiéndose notablemente entre sus condiscípulos y logró ganarse el interés del maestro; por manera tal, que cuando el gobierno del entonces extensísimo Estado de México pidió que de cada población el alumno más distinguido de la escuela local pasase con beca a proseguir sus estudios en el Instituto Literario del Estado, en Toluca, Ignacio Manuel fué designado para ir a disfrutar ese insigne favor, que cambió medularmente el curso de su vida.

También en los estudios superiores del Instituto, Ignacio Manuel, ya con el apellido de su primitivo protector, alcanzó insignes lau-

* Nació en Tuxtla, Edo. de Guerrero (1834-1893) se destacó en la Tribuna de la Cámara de Diputados durante el año de 1861, después de la Guerra de Reforma. Perteneció también a la X Legislatura durante el gobierno de Manuel González y respondió al informe presidencial del 16 de septiembre de 1881.

ros académicos y terminó su carrera, graduándose de licenciado en derecho. Con el título, volvió a su región natal, que a la sazón se convertía en Estado soberano y daba muestras de acendrado liberalismo. Fué muy estimado del ameritado apóstol liberal Don Juan Alvarez, y combatió a Santa Anna en cuanto pudo. Resolvió, al casarse con Doña Margarita Pérez Gavilán (emparentada con las próceres familias surianas de Guerrero, Riva Palacio y Catalán), trasladarse a la capital de la República en pos de un campo más vasto para sus aspiraciones; y más tarde, como el matrimonio no le diera sucesión -(Altamirano nunca llegó a tener hijos de su sangre)- adoptó a los mediohermanos menores de su esposa, y en México fincó su hogar.

Formó parte del Congreso en varias Legislaturas, militando siempre en las avanzadas liberales; y entonces fué cuando en él se rebeló el formidable tribuno, que en nuestro medio recordaba las augustas y líricas arrogancias de un Mirabeau, de un Danton y de un Robespierre. Célebre es su famoso discurso en el que, atacando al Ministro Don Manuel Payno, pidió que fuese decapitado y llevada su cabeza hasta el pupitre presidencial de la Cámara, en satisfacción de la vindicta popular.

Desempeñó muy importantes puestos en la Magistratura, con probidad quijotesca. Sirvió a la República, con las armas en la mano, contra la Intervención y el Imperio. En el sur derrotó al famoso y bizarro Coronel imperialista Lamadrid. Ya con el grado de Coronel, que le fué conferido por el gran Juárez, su hermano de raza, se incorporó a las fuerzas que sitiaban a Querétaro, el último cuartel general del llamado Emperador, y dió la brillante carga de caballería en el Cerro del Cimatarío, uno de los hechos de armas que acabaron con la moral de los imperialistas.

Legítimamente ufano de esos merecimientos patrióticos, Altamirano no quiso, sin embargo, permanecer en el servicio de las armas. Con ellas en la mano, había defendido a su patria y a las instituciones liberales cuando estuvieron en peligro; pero su inclinación temperamental lo llevaba irresistiblemente hacia las letras y hacia las ciencias, en cuyos dominios tanto relieve obtuvo, que los intelectuales mexicanos le llamaron, por antonomasia, "El Maestro".

A la benemérita Sociedad de Geografía y Estadística prestó muy importantes servicios, y durante largos años consagró a ella sus desvelos todos. Con Ermilo G. Cantón y otros entusiastas masones de

la época, vivificó la Masonería Mexicana, que empezaba a entrar en decadencia. Y formó una pléyade de discípulos literarios, que lo veneraban, y entre los que figuraron las más conspicuas plumas de México. Bajo su dirección se fundó el simpático "Liceo Mexicano", que languideció con motivo de la partida del Maestro para Europa, pero que años después, muerto aquel, fué revivido por Joaquín D. Casasús y por Enrique Fernández Granados, con el nombre de "Liceo Altamirano".

Poeta dulce y castizo, los versos de Altamirano son joyas de la época romántica, con un perfume intenso de naturaleza libre, desbordada, salvaje. Sus novelas, muy mexicanas, son de extraordinaria riqueza descriptiva y de muy dulce trama sentimental. "El Zarco", con esas cualidades, es también toda una página de historia patria y una predicción de los anhelos agraristas y libertarios de los campesinos surianos, que después se han hecho sentir con tanto vigor. En el periodismo político y en la crítica de arte, Ignacio M. Altamirano escaló los más altos sitios de su tiempo, y sus consejos fueron escuchados hasta por artistas de fama mundial que visitaron México.

Marchó a Europa el Maestro, a encargarse del Consulado General en Barcelona, primero, y del radicado en París, después. Fué entonces cuando lo conocí y tuve el placer de escuchar de sus labios inolvidables enseñanzas y conversaciones exquisitas. Conversaba al modo del siglo XVIII; era un "causeur" incomparable, de esos que ya no existen en nuestros días. Muy buscado por las damas, a pesar de su innegable fealdad física, hablaba con ellas como un abate flordelisado y galante. Pulquérimo en el vestir y exageradamente (si cabe el vocablo en el caso) aseado, siempre exhalaba perfume de ámbar, y en su casa se advertía el aroma de raros copales y de ricas resinas surianas que se hacía enviar desde México. Ningún mexicano pasaba por París sin tener largas conversaciones, deliciosas, con el Maestro. Guardaba su exaltado jacobinismo para los iniciados, a fin de no herir a nadie. Sus amigos predilectos en París fueron el sabio astrónomo Camilo Flammarion, el ilustre patriota antillano Doctor Betances y el elegante y culto mundólogo Baron Gustavo Gostkowski.

El invierno de 1892-93 fué fatal para Altamirano. Una antigua diabetes se convirtió en rápida tuberculosis, y fué preciso trasladarlo a las tibiezas de la Riviera. Pero todo fué inútil; murió en San Remo el 13 de febrero de 1893. Había dejado dispuesto que su cadáver fuese incinerado y traído a México. Se cumplió su deseo, y sus cenizas reposan hoy en una urna, que está a la vista de los visitantes en su

capilla sepulcral del Panteón Francés. Naturalmente, murió fiel a las convicciones de toda su vida.

GENERAL PORFIRIO DÍAZ*

El ambiente de mi niñez, de mi adolescencia y de mi entrada definitiva en la edad de madurez, estaba saturado del prestigio de un nombre y de la fuerza de un hombre: Porfirio Díaz.

Mis recuerdos más lejanos en relación con Don Porfirio datan de las postrimerías del período presidencial del General Manuel González, a fines del año de 1884, cuando iba a recibir de nuevo la Primera Magistratura de la Nación, que no abandonó ya sino hasta el año de 1911.

De vista conocí mucho al General Díaz por aquel entonces, pues vivía en la esquina fronterera a la casa en que pasó mi niñez, esquina de las calles de la Moneda y del Indio Triste. Solía asomarse al balconcillo de un torreón de azotea, estancia que, supongo, le servía de gabinete de trabajo. No era entonces el Porfirio Díaz de impecable apariencia que conocimos hacia los fines de su reinado. Todavía entonces llevaba sobre sí los vestigios del campo y de los campamentos. Vestía generalmente de gris, usaba en la barbilla una pequeña perilla y su cabello iba cortado al rape, al modo de los militares. Más de una vez, desde aquel balconcillo, Don Porfirio sonrió al chicuelo que lo miraba desde las ventanas de enfrente con admirativa curiosidad.

Crecido yo en un ambiente de políticos, —(mi padre y mis tíos, los Díaz Covarrubias, habían figurado prominentemente durante los gobiernos de Juárez y de Lerdo de Tejada),— desde muy niño tuve cierto interés inconsciente por las cosas de la política. Presencié, sin comprenderlas del todo, los motines metropolitanos de la Deuda Inglesa y del Níquel, y sabía que ese señor que vivía enfrente bien pronto volvería a ser Presidente de la República en sucesión del “manco” González. Domingo a domingo contemplaba yo las caricaturas coloridas de “El Hijo del Ahuizote”, en las que invariablemente, con atavíos de reyes de baraja, figuraban González y Díaz,

* Nacido en Oaxaca (1830-1915). En 1861, al triunfar los liberales en la guerra de Reforma, fué electo diputado pero desempeñó el cargo por muy breve tiempo.

juntamente con otros políticos de la época. Yo gozaba extraordinariamente con esas caricaturas; quizá por eso quiso el destino que, andando el tiempo, resultara yo uno de los hombres más frecuentemente caricaturizados en México.

El día primero de Diciembre de 1884, en el Salón de Embajadores (entonces enorme) del Palacio Nacional, el General Manuel González entregaba la Presidencia al General Porfirio Díaz. El salón estaba pletórico de concurrentes, pero la única mujer que allí estaba, era mi "nana" Filomena, que me llevaba cargado y que me irguió sobre sus fuertes espaldas de india para que presenciara yo la ceremonia que tanto me interesaba. Recuerdo perfectamente las últimas palabras del Presidente saliente al entrante: "Os entrego la República en plena paz y libertad. . ."

Más tarde, terminando ya mi bachillerato en el Real Gimnasio de Stuttgart, Alemania, escribí al General Díaz pidiéndole su fotografía, y él me la envió con cariñosa dedicatoria. Licenciado ya de aquellos mis prístinos estudios universitarios, regresé a México y, muerto mi padre, el General Díaz tuvo empeño en que, siendo yo aún muy joven, ingresara al Colegio Militar de Chapultepec, y al efecto llegué a hacer la respectiva solicitud. Pero más tiraban de mí las letras que las armas, y hube de arrepentirme en tiempo oportuno para no vestir los arreos militares.

En sociedad traté bastante al General Díaz, pero poco en política, en razón de que, aunque Diputado al Congreso de la Unión resultaba yo aún muy insignificante para los señorones de entonces. Sólo cuando "perdí" mi curul por ciertos pininos de independencia -(mi famoso proceso de desafuero por supuesta "revelación de secretos" y mi oposición a la restricción de la ley de amparo)- hablé de política con el General Díaz, que me mandó llamar con motivo de algunas apreciaciones que había publicado acerca de la famosa y trascendental Conferencia Creelman. Desde entonces data mi alejamiento del Caudillo, aunque mi despedida revistió muy cordiales caracteres. ("El Caudillo" llamaban a Porfirio Díaz todos los porfiristas.)

De buena y límpida fe entonces, fuí antirreeleccionista, como lo soy ahora. Trabajé cuanto pude por mi partido, en la tribuna y en la prensa, y al fin —¡yo mismo me asombro de ello ahora!— en el campamento insurrecto, al lado de Madero. Tengo el convencimiento de haber contribuido de modo positivo al derrumbamiento de Porfirio Díaz. El mismo me lo dijo así en París, con afable amargura, siendo

él un expatriado y yo el representante oficial del régimen constitucionalista. En aquella ocasión hablamos extensamente, y de labios del viejo soldado de la República escuché amargos reproches contra actos de los que se llamaron sus amigos y después lo abandonaron por completo. . . Pocos, muy pocos fueron los que siguieron viendo en él, ya caído, al viejo Caudillo de los días gloriosos. . . La última vez que le ví, fué en la Avenida de los Campos Elíseos, frente al Arco del Triunfo, una tarde de principios de otoño. Marchaba lentamente, notablemente encorvado, del brazo de su dulce y buena esposa Carmelita y apoyado en un báculo. Mi vista lo siguió respetuosamente, hasta que se perdió su silueta entre la muchedumbre de paseantes. Más tarde estando yo en Madrid, tuve noticia de su muerte. La comuniqué así a Don Venustiano Carranza: "Ha muerto el en París el General Porfirio Díaz. Pido instrucciones". Se me contestó de enterado, pero sin darme instrucción alguna.

Porfirio Díaz es una de las personalidades más grandes con quienes he tenido algún contacto. Glorioso soldado de la República, tuvo también grandes aciertos de estadista, y fué un gran mexicano. Su persistencia en el poder y las intrigas de las camarillas le hicieron cometer grandes y trascendentales errores en sus últimos períodos, al grado de que su retirada llegó a ser una necesidad nacional. Yo no me arrepiento para nada de cuanto hice por lograr el derrumbamiento de Porfirio Díaz, pero guardo un profundo respeto a su memoria, y me irrita que en nuestros días haya mequetrefes improvisados que sin conocimiento de causa vociferen contra él de modo jacobino y salvaje. A pesar de sus errores, lo repito, Porfirio Díaz fué un gran mexicano, y México le debe, con un monumento, la reintegración de sus cenizas al suelo patrio.

MIS TÍOS: LOS DIAZ-COVARRUBIAS, BARREDA, FUENTES, ETC.*

Pecaría yo de injusto si entre mis contemporáneos no recordara a mis tíos, por el solo hecho de serlo; tanto más cuanto que varios de ellos fueron ilustres en nuestra pretérita vida pública.

No fué mi contemporáneo, entre los hermanos de mi madre, el pri-

* José Díaz Covarrubias (1842-1883) nació en Jalapa, Veracruz. Ligado estrechamente al presidente Juárez, fué diputado al Congreso de la Unión en varios períodos.

mero de los Díaz-Covarrubias que pagó tributo a sus ideas liberales, habiendo sido fusilado por el retrógrado General Leonardo Márquez el 11 de Abril de 1859, cuando siendo estudiante de medicina y contando apenas diez y nueve años de edad, prestaba sus servicios humanitarios a la huestes del liberalismo. De él sé muchas cosas interesantes, que a narrar me reservo en otra ocasión, ya que aquí solo trato de mis contemporáneos, y mi tío Juan Díaz-Covarrubias estuvo lejos de serlo. Solamente diré que fué poeta romántico, en grado álgido de romanticismo, y amigo íntimo y compañero de estudios del malogrado, también, Manuel Acuña. A uno lo mató su celo político; al otro su celo amoroso. . . Descansen en paz.

A mi tío José Díaz-Covarrubias sí lo conocí. Tuvo por mí singular afecto, como lo había tenido por mi padre desde antes de que éste se ligara a la familia Díaz-Covarrubias por el vínculo matrimonial con mi madre. Los dos fueron diputados desde el cuarto Congreso de la Unión, y mientras mi padre alentó una honda y ciega devoción por el Presidente Juárez, mi tío José la tenía igual por don Sebastián Lerdo de Tejada. Fué por los dos presidentes encargado de la gestión de la cartera de Instrucción Pública, y su labor fué fecunda y sabia, hasta donde lo permitieron los recursos de que entonces disponía el Erario. Escribió un libro sobre la instrucción pública en México, que todavía hoy ofrece sugerencias muy aprovechables. Era elegante y mundano, como todos los Díaz-Covarrubias, y la caricatura de la época ("La Orquesta" y "El Ahuizote"), por ese lado trataban de ridiculizarlo, exagerando su apego a la moda y al tocador. Fué conocido con el estribillo de "De facto", del que abusaban para confirmar lo que le decían sus interlocutores, del idéntico modo con que los cubanos abusan del "Asimismo". Fidelísimo a Lerdo, cuando el gobierno del culto Presidente fué derrocado, mi tío José salió al ostracismo, radicándose en Europa, y nunca quiso servir al régimen emanado de Tuxtepec, no obstante las reiteradas ofertas que se le hicieron. Regresó a México cuando su salud le marcó la meta de su vida. De temperamento azas galante, enfermó de la espina y del pulmón, y vino a encamarse a México, donde murió después de largos meses de sufrimiento, el 12 de enero de 1883, en la casa número 4 de la calle de Gante, habitación de su cuñado, mi tío don Gabino Barreda. Guardo un esfumado pero cariñoso recuerdo de mi tío José, para quien fué el predilecto de los sobrinos. Sus cenizas reposan en el mausoleo del precitado doctor Gabino Barreda.

De éste, casado con mi tía Adela Díaz-Covarrubias, guardo un recuerdo más preciso. Regresaba de la Legación de México en Berlín,

y tuvo un suntuoso recibimiento de los principales intelectuales de México, que admiraban su obra, hecha en gran parte a costa de su pecunio personal: la Escuela Nacional Preparatoria. Barreda es considerado, con razón, como uno de los constructores intelectuales del México moderno. Sus discípulos han formado legión, y muchos de ellos se distinguieron y uno que otro se distingue todavía en el tablero de la alta espiritualidad nacional: Porfirio Parra, José Ives Limantour, Manuel Flores, José Terrés, Jesús E. Valenzuela, Venustiano Carranza y otros mil. Fué discípulo directo del gran filósofo Augusto Comte, junto con el señor Elizalde. Sus estudios sobre temas filosóficos son notables. El llamado Imperio trató tenazmente de conquistarse su colaboración, pero él se rehusó siempre. En la Universidad de Berlín tiene un busto recordatorio. En México dos momumentos, uno en Puebla, su ciudad natal, y otro en el Paseo de la Reforma de la capital, que también dió su nombre a una de sus calles. Siendo yo un niño, me tomaba sobre sus rodillas y me narraba cuentos que dejan huella imperecedera y que, sin sentir abren en los maleables espíritus infantiles hondos surcos susceptibles de recibir más tarde la redentora semilla de la dignidad cívica y de la ética ciudadana. Aunque desaparecidos más o menos por la misma época, guardo más claro recuerdo de mi tío Gabino Barreda, que de mi tío Pepe Díaz-Covarrubias. Este me daba bombones, aquel me hacía cuentos. En general puedo decir que la figura de mi tío Gabino, es uno de los recuerdos que más se destacan en mi remota infancia.

A mi tío Francisco Díaz-Covarrubias, el matemático insigne, si lo recuerdo con entera precisión, porque hacia 1886 en esta capital y después en París, pude tratarlo, cuando ya mi conciencia empezaba a romper el capuz para convertirse en mariposa del entendimiento. Mi tío Pancho acabó su vida, después de haber ocupado altos puestos conquistados por su fecunda actuación científica y por su rectitud y competencia políticas, como Cónsul General de México en París, cuando aquel Consulado empezó a convertirse en retiro de grandes inteligencias mexicanas. Baste decir que, después de mi tío Francisco, ocuparon ese puesto hombres como don Manuel Payno y don Ignacio M. Altamirano. Huerfano yo, muy prematuramente, de la última nacida de los Díaz-Covarrubias, mi tío don Francisco tenía para mí ternuras maternas, que se acrecentaban por el hecho de haber sido más que hermano político de mi padre, hermano del alma y del intelecto. Cuando llegué por vez primera a París, me pasee por la grande urbe como si hubiera sido su hijo. Era de gran distinción social y alternaba con los más conspicuos intelectuales del mundo ci-

vilizado. Su gran triunfo de 1876, cuando fué a Japón para observar el paso de Venus por el disco del Sol, le había dado el espaldarazo de sabio internacional. Su tratado sobre Cálculo Infinitesimal es todavía texto en muchas de nuestras altas escuelas y, lo que es más, en otras muchas de las escuelas especialistas de Europa, único caso tratándose de un autor mexicano. Murió en París, poco después de que yo le había visto. No hace muchos años, sus cenizas fueron traídas a la patria y reposan en la Rotonda de los Hombres Ilustres. Una calle de la ciudad de México lleva su nombre.

Y tuve otros tíos más que han dejado huella de su actuación en diversos órdenes de actividad. Sólo uno perteneció al grupo conservador, aunque en lo personal era conciliador y transigente y no confundió nunca la pasión política con la caballería social: el licenciado Ignacio Fuentes, casado con la mayor de las Díaz-Covarrubias, en cuya casa crecí cuando mi padre estaba ausente, y que fué apoderado general del Arzobispado de México en tiempos de Monseñor Labastida; mi tío Manuel Díaz Mimiaga, diplomático; mi tío Miguel Covarrubias, diplomático también, que en 1920 me sucedió en la Secretaría de Relaciones Exteriores. . .

Estoy ufano, y creo que legítimamente, de haber tenido tales tíos. Pero mi ufanía no ha tenido en mi vida más que un objetivo: emularlos dignamente, ser merecedor de ellos.

GENERAL CARLOS PACHECO*

Lo conocí en mi niñez, durante una alegre fiesta social que se celebró en la entonces espléndida finca suburbana "La Morena", ubicada en Tacubaya; fiesta a la que, en consorcio, asistían familias representativas del mundo oficial y otras que pertenecían a la exigente "élite" pluto-aristocrática de México, la cual tiene muchos ribetes de conservadora. Era la época en que el porfirismo en el poder iniciaba su incorporación al grupo "bien" de la Metrópoli, y si yo hubiera tenido más edad, sin duda que habría advertido las recíprocas coqueteterías que se prodigaban, con miras de mutua conquista, los dos grupos de que he hablado. No recuerdo ya el motivo de la fiesta; pero como era campestre y duraba todo el día, las familias habían llevado

* (1839-1891) Senador por Chihuahua de 1882 hasta 1884 en que se le declaró gobernador de ese estado.

a su gente menuda, la que, desde muy mañana, correteaba jubilosa por los magníficos parques de la señorial quinta. Sí recuerdo que, de repente, se nos llamó para llevarnos a presentar a un señor que acababa de llegar a México, en su landó cerrado, tirado por mulas, y a quien todos agasajaban extraordinariamente, por lo que colijo que la fiesta se relacionaba con él. Las dos orquestas que allí había, acababan de tocar una diana yocunda, y el personaje, con levita negra, estaba en pie en el descanso de la suntuosa escalinata marmórea que daba acceso a los salones de la elegante mansión campestre.

¿De pié? . . . Sí y no, porque sólo en una pierna se sustentaba, pues faltábale la otra, cuyo sitio substituía el pantalón vacío doblado a la altura de la rodilla. Se apoyaba sobre muletas de madera clara, y sonreía a los circunstantes con una sonrisa de infinita bondad, que desde entonces ha quedado muy grabado en mi memoria. Pelo claro, echado hacia atrás y poblada barba rubia y nazarena encuadraban un rostro pálido de facciones muy viriles y marcadas. La mirada de sus ojos claros, ligeramente entornados, era metálica y al propio tiempo luminosa. Recorría con cariño la parvada de muchachos que de todos lados acudían llevados por sus mayores. Me acercaron a él y me presentaron.

—¿Hijo de Juan?, preguntó. Y acariciándome torpemente la hir-suta cabellera, me dijo: "Tu padre es muy amigo mío. Cuando le escribas, dile que Pacheco lo manda saludar". Mi padre estaba ausente entonces, representando a México cerca del gobierno del Quirinal.

Ante la torpeza de su caricia, consistente en que su mano atrajo mi cabeza hasta hacerla chocar ligeramente con la muleta en que se apoyaba, me percaté de algo que me llenó de asombro: a aquel hombre sin pierna también le faltaba un brazo.

En la reñida toma de la ciudad de Puebla, el 2 de abril de 1867, combatiendo a las órdenes del General Porfirio Díaz, Carlos Pacheco había sido muy gravemente herido de metralla, al lanzarse con los suyos a la disputa de una callejuela en la que se combatía y cuerpo a cuerpo. Desangrándose, estuvo tendido largo tiempo antes de que se le pudieran ministrar auxilios médicos. Por eso hubo de sufrir la doble amputación, de una pierna y de un brazo. Aquel glorioso mutilado, aquel "medio hombre" era, pues, una proclamación viviente del coraje, de la valentía y de la abnegación de los republicanos mexicanos en aquella lucha heroica que, por segunda vez, dió independencia a la patria.

Era a la sazón, el General Carlos Pacheco, Secretario de Fomento. Su labor en ese ramo fué señaladamente fecunda y, por su trascendencia, quizá aún no haya sido superada hasta nuestros días. Prueba de ello es que las bases de nuestra legislación de baldíos y terrenos nacionales, así como de la minería y de los ferrocarriles, provienen de la época en que Pacheco administró esos sectores de la vida nacional. Era audaz, laborioso, decidido y pronto en sus resoluciones. Supo rodearse de técnicos de gran valer y capacidad. Hubo quienes achacaran a la Secretaría de Fomento manejos lucrativos, y se señalaba, como fundamento, el hecho de que el General Pacheco fuese muy aficionado al juego —como buen chihuahuense, digo yo,— y soliera perder él fuertes sumas. Pero nadie negaba lo que hoy se llamaría “eficiencia” de su labor administrativa. Recuerdo que en cierta ocasión y rememorando al General Pacheco, el coronel norteamericano Alberto K. Owen, que tuvo cuantiosos negocios en México, me decía: “En cada año de la administración de Pacheco, México ganó más que en diez años de la subsecuente administración tímida y meticulosa que se ha dado en llamar “proba”.

Tuvo el General Pacheco muchos amigos en la política, y llegó un momento en que se llegó a pensar en él para que substituyera al General Porfirio Díaz en la Presidencia de la República. Pero la muerte —muerte natural en esta vez— dispó repentinamente tales ilusiones.

Cada vez que visito la Rotonda de los Hombres Ilustres en el Panteón de Dolores, me detengo y me descubro ante la tumba del gran mutilado General Carlos Pacheco, la cual ostenta, de tamaño natural, la broncea estatua del héroe, sin brazo y sin pierna y con su mirada dulce, tal como yo lo conocí en aquella mañana de mi niñez, en la finca “La Morena”, en los suburbios de Tacubaya. . .

LIC. IGNACIO ROMERO VARGAS*

Para quienes sólo tienen un conocimiento epidérmico de la historia contemporánea de México, la figura de don Ignacio Romero Vargas, el brioso patriota poblano, es desconocida o, cuando menos, apa-

* Nacido en el estado de Puebla (1835-1895). Representó a su Estado en el Congreso General. Fue partidario del presidente Lerdo de Tejada.

rece extremadamente esfumada. Y sin embargo, es de aquellas que nunca debieron echarse en olvido a la hora de estudiar y desentrañar los orígenes de nuestra paulatina evolución democrática, y de aquellas también que, cuando llegue a escribirse la verdadera historia de México, tendrá luz propia, cuando muchas de las situaciones de los generales y políticos, que hoy parecen figurar, se habrán borrado en las sombras, en virtud de la intrascendencia de su gestión y de su previsión.

Fué don Ignacio Romero Vargas uno de aquellos liberales jacobinos de nuestras luchas reformativas, en el desarrollo de nuestra ideología nacional procedieron a los positivistas de Barreda. Romero Vargas, poblano de nacimiento y poblansimo de gustos y aficiones, estudió leyes en las aulas principales de la Metrópoli hasta licenciarse brillantemente en la noble ciencia de Tertuliano; y como postulante se consagró al "huizache", como él solía decir, con éxito muy provechoso para la época. Pero bien pronto la política le atrajo, y en ella sobresalió grandemente durante los gobiernos de los Presidentes Juárez y Lerdo. De don Sebastián fué Romero Vargas amigo y partidario acérrimo. Perteneció a varios Congresos, en las que lució su enérgica y pintoresca oratoria parlamentaria. El Diario de los Debates ostenta muchas columnas de cosas suyas. Fué Gobernador de su Estado natal, en que especialmente contaba con grandes simpatías, y su gestión se señaló por lo liberal y honesta. La actual, nueva generación poblana, desconoce casi a Romero Vargas; pero sería de mucha justicia perpetuar su nombre en algún homenaje público.

Cuando empezó a funcionar el sistema bicameral, allá por los comienzos de la era tuxtepecana, Romero Vargas fué al Senado. Conservando su sincera filiación lerdista, y fué de aquellos connotados parlamentarios a quienes don Porfirio Díaz tuvo empeño en atraerse, para desarmarlos de toda tentativa de restauración. No logró con algunos, sembrando en ellos la ilusión del mantenimiento definitivo de la no-reelección y de la futura sucesión presidencial en un régimen netamente civilista. Entre estos políticos se encontraron prominentemente Romero Vargas y mi padre, junto con otros que más tarde corrieron diversas suertes. Fueron adictos a don Justo Benítez y a don Protacio Tagle. Pero a medida que se acercaba el fenecimiento del primer período constitucional del General Díaz, su situación empezó a ser difícil ante los síntomas de probable veleidatad de parte del astuto Dictador.

Así las cosas, solían pronunciar en el Senado valientes oraciones en relación con asuntos del día, en las cuales apuntaban claramente

enunciaciones de inconformidad y de eventual oposición. Por entonces el Dictador no era todavía tan omnipotente como lo fué después y, por consecuencia, todavía no eran tan frecuentes sus medidas drásticas. Cuando decidió al fin romper su compromiso futurista con Benítez, comprendió la conveniencia de alejar temporalmente del país a algunos elementos que lo inquietaban. El General Francisco Z. Mena recordaba a don Porfirio, constantemente, sus compromisos con Benítez y con Tagle, y declaró que en el Estado que gobernaba (Guanajuato) dicho compromiso se mantendría íntegro. Entonces, el Dictador envió a Mena en comisión militar a Europa, y confió a Romero Vargas y a mi padre, respectivamente, las plenipotencias en Alemania y en Italia. Jóvenes los dos, sucumbieron al halago de la casaca bordada, imaginándose que su ausencia sería breve; pero, con toda clase de miramientos por cierto, el General Díaz sólo permitió que por breves vacaciones volvieran al país, y aunque los dos fueron designados nuevamente como Senadores, el Dictador logró mantenerlos a distancia, consagrándoles su famosa frase: "No quiero en el Congreso gentes que me puedan alborotar la caballada".

Mexicanos antes que nada, los dos desempeñaron cumplidamente su cometido y alcanzaron excepcional acogida en sus respectivas jurisdicciones, que hoy todavía los recuerdan con agrado. Era el hombre de la situación en la nueva Alemania el Conde-Príncipe Othón de Bismarck, el formidable Canciller de Hierro, modelador intelectual del Imperio de los Hohenzollera. Ignacio Romero Vargas, el llamado "huizachero poblano", tuvo franca entrada en singular aprecio y en excepcionales muestras de simpatía de parte del Príncipe-Canciller, así como en la patriarcal benevolencia del Emperador Guillermo I. El carácter comunicativo y jovial del impetuoso y morenísimo Romero Vargas, estableció un contraste con su antecesor, el sabio Doctor Gabino Barreda, de olvidadizo ensimismamiento, de orgulloso desdén para las prácticas cortesanas y de palidez de cirio, adquirida en las viglias del gabinete de estudio; y no obstante, tiene un busto recordativo en uno de los principales establecimientos docentes de Berlín, que ya he visto, antes de tenerlo en nuestra hoy autónoma Universidad Nacional. . . Esto ya el hielo de las simpatías, Romero Vargas regaló al Canciller Bismarck una perla irregular de extraordinarias dimensiones, montada en alfiler de corbata, que por azar representaba con singular perfección la cara del "Hombre de Europa". Al entregarle el obsequio, Romero Vargas le dijo: "Hasta los moluscos os conocen y os admiran". Y desde entonces, fué hombre ostensiblemente preferido en la Wilhelmastrasse.

Don Ignacio Romero Vargas, juntamente con el General Mena, tuvieron, sin saberlo ellos, una decisiva influencia en el curso de mi vida. Porque ellos indujeron a mi padre a hacerme educar en Alemania, en vez de haberlo hecho en la Suiza francesa, como aquél pensaba. Esto modeló inevitablemente el curso de mis actos. Se lo agradezco a ambos, porque nunca perjuraré de las buenas y útiles enseñanzas que adquirí entre los alemanes. Pero quizá hubiera convenídomme más que me hubiesen consagrado al práctico aprendizaje comercial, que al universitario que tan poco me ha servido. Mena y Romero Vargas, al igual que mi paternal e inolvidable amigo don Francisco Querejaza, fueron los primitivos modeladores de mi actividad y son corresponsables de cuanto he hecho o dejado de hacer. Por la reverencia que guardo a su memoria, no quisiera que sus manos me condenaran. . .

JUAN DE DIOS PEZA*

En mi familia se llamaba Juanito Peza y se le quería muy bien, porque había sido amigo inseparable de mi sacrificado tío Juan Díaz Covarrubias, uno de los "mártires de Tacubaya, formando ellos dos, con el ilustre Manuel Acuña, un trío de Mosqueteros de la Lira y de la Pluma.

Era Juan de Dios Peza de cuna conservadora, y su señor padre llegó a ser alto funcionario del llamado Imperio. Pero en lo personal, el Poeta del Hogar, nombre con que conoce a Peza toda la América Latina y una gran parte de España, fué siempre de convicciones liberales, y por eso, magüer el color político de su progenitor, él alternó siempre con los más granado de nuestra intelectualidad liberal. Escuchó así las sabias enseñanzas de don Ignacio Ramírez, el Nigromante y de don Ignacio Manuel Altamirano, el Maestro, así como las de Zarco y de Barreda. Nunca le atrajo la política, y fué la lírica la más amada y absorbente de sus actividades. Juan de Dios Peza, de clarísimo y alto talento, tuvo, sin embargo, un corazón más grande que su gran talento.

Gran amigo de don Vicente Riva Palacio, el general-literato, ob-

* Nació en la ciudad de México (1852-1910). En 1878 fue a Madrid como secretario de nuestra Legación. A su regreso fue diputado suplente y luego propietario.

tuvo acompañarlo como secretario de legación cuando el inquiero adalid de la segunda independencia fué enviado a Madrid como ministro plenipotenciario, para apartarlo de sus inquietas actividades políticas. En Madrid, Juan de Dios Peza se halló en su elemento, como años después se hallaron en él Francisco A. de Icaza y Amado Nervo, y en la actualidad Luis G. Urbina.

Pocos mexicanos han sido tan amigos de España como Riva Palacio y como Peza, y a mí me consta que España supo corresponder ese cariño, porque cuando allí estuve, muchos años después de muertos aquellos ilustres compatriotas míos, todavía encontré latentes cariños y efusivos recuerdos para ellos.

En cualquier momento de las evoluciones de la literatura, Juan de Dios Peza tendrá una personalidad firme y propia. Sus cantos hogareños no tienen parejo, y en donde quiera que se hable nuestra lengua serán amados y conservados. Adoró en sus hijos, y a ellos consagró lo mejor de sus cantares. Mexicanísimo en su sentir y en su comprensión, auguró “fusiles” para las nuevas generaciones masculinas y “muñecas” para las femeninas.

“Juan y Margot, dos ángeles hermanos,
que embellecen mi hogar con sus cariños. . .”

¿Qué mexicano o qué sudamericano cultos no conocen estas estrofas?

Traté directamente a Juan de Dios Peza en las postrimerías de su vida, algunos años antes de la Revolución, y cuando yo no era sino un principiante en la vida periodística —(entonces creía yo ir hacia la literatura)— y todavía no probaba las amargas dulzuras o dulces amarguras de nuestra política vernácula.

Naturalmente, yo veía a don Juanito con veneración de neófito, en tanto que él, por recordaciones ancestrales sin duda, me manifestaba singular cariño. Con él compartí mis primeras fumadas y mis primeras copas. Me encantaba su pintoresca conversación, esa conversación que en mis mocedades encontré deliciosa en tantos viejos de entonces, y que en estos tiempos parece haberse perdido por completo. Se dijera que aquellos hombres conservaban un inefable perfume atávico del siglo XVIII, que en nuestros días se ha evaporado por completo ante el olor, que no perfume, del carbón de piedra y de la gasolina. . . Se fueron para siempre los conversadores, y en México los hubo de muy buena cepa. ¡Vaya si los hubo! Uno que

otro quedará por ahí, recluso en un rincón de hermético apartamento. Pero ya no les encuentra, como antaño, bajo el gran sol de la vía pública. . . Si acaso, si acaso, en tal o cual pueblecillo de las provincias. El "estardartismo" de la vida moderna excluye el alto arte de la buena conversación.

En mis épocas de trato frecuente, más de una vez sorprendí lágrimas en los ojos de don Juan de Dios Peza y en más de una ocasión ví temblar de emoción sus fieros mostachones, cuando evocaba cosas del pasado, que le hacían daño y torturaban su alma. . .

Tenía don Juan aspecto físico de matachín: fulgurante mirada y largos y enhiestos bigotes que recordaban los del "re galantuomo" de Saboya. Pero, apenas se cambiaba una palabra con él, su impresión de fiera desaparecía del todo, pues se tornaba en lo que siempre fué en sus intimidades: un tierno padre de familia y un amoroso abuelo.

Murió Juan de Dios Peza antes de que estallara el formidable despertar mexicano que nos llevó a la Revolución. No acierto a adivinar qué papel hubiera desempeñado en ella Peza.

Pero se me figura que hubiera sido un precavido neutral, porque la política inmediata fue siempre para él cosa incomprensible e intrascendental.

El mexicano Juan de Dios Peza fué un poeta racial. Y cuando llegue a nosotros el feliz momento de poder glorificar más a los artistas y a los pensadores que a los mlites, Juan de Dios Peza tendrá un monumento, más que merecido.

ING. DON FRANCISCO BULNES*

Fecunda fue en producción escrita y en acción proselitista la vida del Ingeniero don Francisco Búlnes.

En la época de mi nacimiento, siendo él entonces escritor festivo

* Nacido en la ciudad de México (1847-1924). Diputado y Senador en el gobierno porfirista.

de muy acerada e irónica pluma, fue designado por el Presidente don Sebastián Lerdo de Tejada, para que marchara al Japón, como cronista, agregado a la comisión científica que para observar el paso de Venus por el disco del Sol enviaba el Gobierno Mexicano y que iba encabezada por los Ingenieros don Francisco Díaz Covarrubias, hermano de mi madre, y don Manuel Fernández Leal, quien por largos años formó parte del gabinete ministerial del General Porfirio Díaz.

Cuentan las lenguas que mientras los sabios de la comisión se consagraban a estudiar el infinito y a hacer cálculos sobre el fenómeno astronómico que iban a observar, —(cálculos y observaciones que por su oportunidad y precisión sobrepasaron a los de las otras comisiones científicas al efecto enviadas por otros gobiernos extranjeros)— el entonces joven don Francisco Búlnes se dedicó a observar cosas de esta miserable tierra sobre la cual viven algunos y vegetarianos los más, con tan buena fortuna que de regreso se trajo consigo una dulce “musmé”, de él enamorada a manera de una precursora de la adorable “Madame Butterfly”. Pero como quiera que el joven Ingeniero Búlnes era hombre práctico de nacimiento, y esta clase de hombres acostumbran viajar con el mínimo posible de equipaje, nuestro Don Pancho dejó a su rendida Butterfly en San Francisco California, y se reintegró a la tierra de Moctezuma nuevamente soltero, en las postrimerías del gobierno eminentemente civil y epicúreo de Lerdo de Tejada.

Dióse a escribir sus interesantes impresiones de viaje, mientras mi tío Don Francisco Díaz Covarrubias escribía las suyas, que por allí andan en un tomo voluminoso. Y en eso estaba, cuando el inquieto caudillo de Tuxtepec, Porfirio Díaz, dió su acometida hasta llegar a Tecuac, en donde, apoyado en su comilitón Don Manuel González, debía librar la batalla decisiva contra las fuerzas leales de Lerdo, mandadas por el General Ignacio R. Alatorre. Nadie creía entonces en la posibilidad de una derrota de las fuerzas gubernamentales, y Búlnes se unió a ellas en calidad de cronista; pues tal parece que su sino era el de hacer crónicas sobre sucesos que se desarrollaran “así en la tierra como en el cielo”. Héte aquí, empero, que la suerte bélica fue adversa a las tropas de Lerdo, que sufrieron tremenda y definitiva derrota. Es fama que el primero que llegó a la capital, trayendo la terrible noticia, fue el cronista Búlnes, quien recorrió el trayecto antes que nadie, a desesperada uña de caballo, tan luego como se dió cuenta del desastre.

Pero, andando el tiempo, volvió a la gracia de Don Porfirio Díaz, en parte al menos, pues Búlnes fue siempre de temer y nunca incondicional. Durante varios períodos consecutivos fue Diputado al Congreso de la Unión, y como tal (ni más ni menos) hubiera muerto seguramente, a no ser por los sonados sucesos de 1910.

Al margen de sus tareas parlamentarias, Búlnes escribía sesudos editoriales en los periódicos del Gobierno y redactaba notables libros que los escasos editores de México se disputaban.

Conocí a Don Pancho Búlnes en la redacción de "El Imparcial", maestro él y principiante yo. Le escuchábamos todos como a un oráculo y mucho, muchísimo aprendimos de su charla pintoresca y nerviosa y al propio tiempo desbordante de erudición multifacética.

Vanguardistas de todo y en todo, la flexibilidad de su talento era en sumo grado notable. Vez hubo en que llevaba un artículo, minuciosamente pensado y brillantemente escrito, acerca de algún tópico de palpitante y trascendental actualidad política. Pero al leerlo, Don Rafael Reyes Spíndola concediéndole toda la razón, le expresó que, por desdicha, el artículo no podría publicarse, pues el criterio del Gobierno era diametralmente contrario a las opiniones de Búlnes, y en tal sentido deseaba el Caudillo que se impresionara a la opinión pública. Sonrió Búlnes con cierta amargura y con sus erres semiguturales, dijo:

-Bueno, pero no debe desperdiciarse del todo este trabajo. Que venga un taquígrafo para que yo lo modifique. . .

Media hora después, el artículo quedaba transformado en sentido contrario, se publicaba al día siguiente y causaba gran satisfacción al Caudillo. Así era Don Pancho Búlnes ante las galerías.

Pero quienes le conocimos más de cerca supimos muy bien que Don Pancho tenía firmes convicciones personales e ideas muy propias y meditadas. Ahí están sus libros, que lo comprueban. Uno de ellos, "Los Grandes Problemas de México", sigue siendo en esencia de permanente actualidad hasta. . . quien, sabe cuándo. Que alguna vez se haya equivocado en apreciaciones genéricas, es cosa natural; porque tal acontece siempre con quienes escriben muy abundantemente, aunque se trate de genios. Para mí, Don Pancho Búlnes fue genial.

En apariencia pertenecía a aquel famoso "Grupo Científico" que tanto nos dió que hacer en la política; pero, en el fondo, discrepaba del mismo grupo y en la intimidad fue uno de sus más acres censores. Como periodista de polémica fue formidable. Mi actuación política me puso más de una vez frente a Búlnes en discusiones de prensa, y debo decir que nunca temí más que a dos polemistas adversarios: a Don Francisco Búlnes, el neo-positivista, y a Don Trinidad Sánchez Santos, el neo-católico.

Al triunfo de la Revolución, Don Francisco Búlnes tuvo que expatriarse a la Habana, donde vivió varios años, haciéndose apreciar grandemente de la gente muy preparada, pero sin pretender popularidades callejeras. Volvió a México y murió retirado a la vida privada y preparando nuevos libros. Federico Gamboa ha afirmado que Búlnes entregó su espíritu dentro de la Santa Madre Iglesia; otros lo niegan. A mí ello no me importa. Para mí Búlnes está en sus libros y lo conceptúo un genuino orgullo nacional.

LIC. EMILIO RABASA*

Le tenía en la lista de los más ilustres de mis contemporáneos, y ansiaba charlar con él algunos minutos, antes de trazar su nota correspondiente. Más hé ahí que la Implacable se presenta y se lo lleva. La inevitable visita se efectuó el 25 de abril de 1930. No fué prematura ni repentina la tal visita. A los setenta y cuatro años de edad, la visita de la Muerte no puede ser ni prematura ni repentina. Se la esperaba de tiempos atrás. Más no por ello deja de ser dolorosa. . .

Conocí a Don Emilio Rabasa, que fué un maestro de verdad de dos generaciones de intelectuales, en el viejo "Imparcial" de Reyes Spíndola, cuando ya no era periodista militante, pero a donde solía acudir con relativa frecuencia, atraído sin duda por el olor de las prensas y de la peculiar cordialidad de las redacciones, sobre todo de las redacciones de los tiempos pretéritos. El periodismo es un morbo o una vacuna, según los casos. Se infiltra en el cuerpo y en el espíritu de manera fatal y permanente; de tal guisa, que el que de veras fuera periodista alguna vez, sigue siéndolo por toda su vida, magüer las condiciones sociales, económicas y políticas, en que, al

* Nació en el estado de Chiapas (1856-1930). Fue Senador y Gobernador de su estado en 1891. Sus ideas influenciaron a los constituyentes de 1917.

correr de los tiempos, pueda llegar, a encontrarse. Tan persuadido estoy yo de esta verdad, que me ha enseñado la experiencia, que con cariño guardo colgados en las paredes de mi gabinete de trabajo mis diplomas académicos y mis nombramientos de *EX*, pero cuando oficial o privadamente se me pregunta por mi profesión, me declaro terminantemente PERIODISTA. De esta naturaleza fué también Don Emilio Rabasa, aun cuando las condiciones de ambiente en que se desarrolló su vida, es espiritualmente tan fecunda, no siempre le hayan permitido proclamarlo.

Digo que conocí a Don Emilio Rabasa en ambiente de periodismo, pero cuando él ya no era periodista militante, al menos ostensiblemente. Sin embargo, iba a la redacción, de tarde en tarde, y muy a menudo, en galana charla, daba orientaciones que los magnates del periódico recogían con veneración y aprovechaban en seguida. Estuvo unido Rabasa al Lic. Reyes Spíndola, por cuanto a que los dos fueron alumnos del Instituto Literario de Oaxaca, que a tantos hombres preclaros supo iluminar, empezando por el Benemérito Juárez. No era oaxaqueño Don Emilio Rabasa, como muchos de sus coetáneos han creído. Oriundo de Chiapas, hizo sus estudios superiores en Oaxaca, porque en aquel entonces —y me temo que hoy todavía— aquel rico Estado de nuestra frontera meridional carecía de planteles de perfeccionamiento profesional; y aislado como estaba —y como lo está en parte todavía— la espiritualidad de sus regiones se nutría en centros organizados fuera del Estado, según la situación de las regiones o por Tabasco o por Oaxaca. Los notables abogados chiapanecos, Felipe T. Contreras y Ernesto Solís, viejos y muy admirados amigos míos, vinieron en pos de aulas desde Chiapas, pasando por Tabasco, hasta Puebla, en donde vieron, crecieron y florecieron, es decir, se multiplicaron conforme al precepto bíblico, y mucha gente cree hoy que son poblanos, cuando son chiapanecos genuinos. Tal sucedió con Don Emilio Rabasa, sólo que a éste se le ha tenido por oaxaqueño, en virtud de su compañerismo escolar con Don Rosendo Pineda, Don Emilio Pimentel, Don Fausto Moguel, Don Rafael Reyes Spíndola, etc., y junto a los cuales se dió a conocer brillantemente en la metrópoli mexicana.

Cuando conocí a Don Emilio Rabasa en ambiente de redacción, yo no era periodista todavía; es decir, me atraía el periodismo exclusivamente desde el punto de vista de la literatura, pero aún no me había enterado de su trascendencia sociológica, ni mucho menos de su influencia política. Por manera que, entonces, Don Emilio Rabasa no era para mí el esclarecido maestro de derecho constitucional, ni

el perspicaz y profundo, aunque prudente, hombre de alta política; era simplemente "Sancho Polo", el autor de muy enjundiosas novelas de acuciosa observación vernácula como "El Cuarto Poder" y otras. Hasta mucho después llegué a percatarme de toda la profundidad de conocimientos y de bien aprovechadas experiencias que había en aquel ínclito varón. Después, aunque militando en bandos aparentemente opuestos, Rabasa fué uno de mis más orientadores maestros, sin que él lo supiera; y esa diversidad de bandera externa que enarbolábamos, debióse más bien a la diferencia de épocas y de medios en que crecimos, que a distanciamientos de criterio y de sentimiento. Rabasa no podía ser nunca antiporfrista ostensible, pero nunca negó la justificación de la Revolución. Para haber podido negarla, le estorbaba la nitidez de su conciencia, se lo impedía la rectitud de su espíritu. De inteligencia tan vigorosa y bien nutrida como la de Búlnes, el talento de Rabasa fué más disciplinado y más consecuente en sus manifestaciones.

Aceptó Don Emilio Rabasa la presidencia de la Comisión que, designada por Victoriano Huerta, fué a Niágara Falls a procurar la concordia entre las facciones mexicanas que se combatían con las armas en la mano. ¿Debe considerársele "huertista" y "reaccionario" por eso? Yo opino que no. Llevaba la ilusión de conseguir una tregua aclaratoria en nuestras contiendas fratricidas, y creo que obró de muy buena fe. No previó su inevitable fracaso, porque en aquellos momentos descuidó de analizar detalladamente las condiciones prevalecientes ALLÁ y las condiciones prevalecientes en la Revolución. Pero obró por y con patriotismo. Fracasó, pero no por torpeza ni por omisión de esfuerzos. El fracaso era inevitable, porque así como no es posible modificar las leyes físicas de la Naturaleza, tampoco es posible torcer el sendero de los pueblos cuando van en marcha redentora. . .

Más teórico que práctico; más sabio que activo; más analítico que sintético; más maestro que propulsor material de muchedumbres; consecuente con su pasado personal y respetuoso de su pretérita actuación, supo guardar toda su dignidad, procurando encauzar según su criterio, la marcha de la renovación palpable e innegable, pero sin entorpecerla. Y a pesar de sus muchos méritos, en sus postrimeros años no pretendió incrustarse en el nuevo orden de cosas, como hubiera podido hacerlo y como lo han hecho otros infinitamente inferiores a él, y se consagró a su cátedra, sembrando semillas de doctrina y de experiencia, que ojalá fructifiquen alguna vez. Por lo tanto, sin prejuicio alguno de bandería, considero que Don Emilio Rabasa fué uno de mis contemporáneos más ilustres y respetables.

LIC. RAFAEL REYES SPÍNDOLA*

En la familia periodística de México de la primera década de este siglo, por antonomasia se llamaba a don Rafael Reyes Spíndola, "El Licenciado". Todos sabíamos de cual licenciado se trataba, cuando oíamos decir "el Licenciado dice esto, el Licenciado opina esto otro."

No recuerdo exactamente cuándo ni como conocí a Reyes Spíndola, pero sí sé que cuando tal aconteció,—es decir, cuando tal aconteció desde el punto de vista de la presentación personal—ya trabajaba yo en los periódicos de Reyes Spíndola y cobraba remuneración por mis trabajos. Creo que fué Carlos Díaz Dufoo quien me proporcionó mi ingreso al "Imparcial". Este finísimo talento y conversador delicioso que se llama Díaz Dufoo, ya antes, en unión de Manuel Gutiérrez Nájera, me había dado espaldarazo de escritor público en "El Partido Liberal" y en la nunca bien llorada "Revista Azul". Pero en aquel entonces yo era solamente un aspirante a escritor literario, exclusivamente literario. Quería hacer cuentos y novelas, y hasta hice versos. Cuando, por mi desdicha, los releo hoy, me irritan contra mí mismo.

Con cuentos, pues, empecé a colaborar en los periódicos de Reyes Spíndola. Pero los cuentos se cotizaban en la nómina a precios muy modestos y no daban esperanza de hacerme figurar en la colaboración de planta y permanente. Y empecé a hacer artículos festivos, ligeros, alados, de superficial observación callejera, procurando que trajesen una contracción de sonrisa a los labios del lector; sección a la que intitulé "Cosas de la Calle" y que alternativamente firmaba con los pseudónimos, "Sardín" y "Oscar Herz". Algún amigo de pollendas preguntó a Reyes Spíndola quiénes eran esos señores. Como a su vez él lo ignoraba, preguntó en la redacción y allí le informaron que esos señores eran. . . yo. Me mandó llamar a su despacho y me dijo que deseaba que mi sección fuera diaria y fija y que me haría pagar por cada artículo dos pesos y medio. Mis aspiraciones de periodista "formal y profesional" estaban colmadas. De entonces acá ha llovido un poco.

No sé donde ni cuando había leído en mis mocedades que el hombre que quiera progresar debe tener ambiciones y tratar de supe-

* Nació en Tlaxiaco, Oaxaca (1860-1922). Diputado en 1904 en la XXII Legislatura.

rarse sin cesar; y quise poner en práctica el sabio consejo. Ensaye tímidamente el artículo editorial o de fondo, en aquel tono que se usaba entonces en los periódicos que tenían algo de los labios puesto en las tetillas gubernamentales; y que no se firmaban nunca. El Doctor Tanchito Peña Idiáquez, bondadosamente me facilitó el acceso a la "columna de honor" del periódico; y otra vez tuve la buena fortuna de que alguno de mis artículos gustara a Reyes Spíndola, quien me ascendió a editorialista "de imaginaria", pagándome mis artículos a diez pesos primero y más tarde a quince. Mi satisfacción profesional se colmaba más.

Pero noto que he hablado más de mí que del Licenciado Reyes Spíndola, y voy a enmendar el yerro.

Don Rafael Reyes Spíndola era oaxaqueño, de Tlaxiaco, pueblo donde, según creo, tiene erigido un modesto monumento.

Perteneció a la brillante generación de estudiantes compañeros, de Oaxaca y de Chiapas, que dió tan señaladas personalidades en la carrera el Derecho, con don Emilio Rasaba, don Fausto Moguel, don Emilio Pimentel. Pero a Reyes Spíndola[. . .]*

Una vez obtenida su licenciatura, fué a la ciudad de Morelia y ejerció allí algunos cargos judiciales y otros docentes. Escribió un interesante tratado de Geografía, que estuvo de texto en las escuelas de Michoacán. Casó con una hija del gobernador, y pasó a la capital de la República como diputado al Congreso de la Unión, cargo que desempeñó durante largos años, en varias Legislaturas consecutivas. Ya antes había sido diputado al Congreso local de Michoacán.

Pero la característica de Reyes Spíndola fué su actividad periodística. Junto con algunos amigos, después de haber publicado algunos periódicos modestos y de más o menos de efímera vida, concibió la idea de fundar un gran diario moderno, transformando el aspecto del periodismo nacional. Para ello contó con el apoyo de su coterráneo el general Porfirio Díaz, y con considerables elementos saltó a la liza "El Imparcial". Durante muchos años la empresa estuvo recibiendo del gobierno una subvención de \$ 52,000 anuales, mil pesos cada sábado. En otra nota he de hablar más detalladamente de "El Imparcial" de Reyes Spíndola.

* Ilegible en el original.

Antaño, sólo había en México periódicos de cuatro páginas. Reyes Spíndola creó el diario de ocho páginas, primero, y de más, al correr del tiempo. Conservando, naturalmente la tendencia de defender en todo al Gobierno y de vulgarizar su política, Reyes Spíndola cuidó de que su periódico no se enfrascara en polémicas doctrinarias, sino cuando el Gobierno se lo exigía, en defensa de sus intereses. Dió gran auge a la información cotidiana, a los relatos de sucedidos truculentos y espectaculares. Metió el periódico en las masas populares y las enseñó a leer. Cuando algún amigo le reprochaba el nivel intelectual de su periódico, Reyes Spíndola solía contestar.

—“Mi periódico es para las cocineras.”

Puso a un centavo el precio del diario al voceo, y se compensó con los ingresos del anuncio, que hasta entonces había significado poca cosa en México. Como complemento de “El Imparcial”, se fundó en México la primera formal Agencia de Anuncios, que fué la de Novaro y Goetschel.

Para probar que no sólo se dirigía a las masas populacheras, acompañó la publicación matutina de “El Imparcial” con la vespertina de “El Mundo”, que tenía un tono algo mayor. Y publicó también “El Mundo Ilustrado” de los domingos, con selecto material literario y con la mejor presentación tipográfica de que se podía disponer entonces.

En esos periódicos se formaron los más connotados periodistas mexicanos de la generación subsiguiente. En ellos colaboraron las mejores plumas de México y de países extranjeros.

Cuando ya su empresa tuvo fuerte vida propia, pesaba mucho a Reyes Spíndola la subvención del Gobierno, y de buen grado la hubiera rechazado, pero no podía hacerlo. En realidad, ya la subvención era carga en vez de ayuda, pues sólo imponía obligaciones y no daba utilidades, ya que la mayor parte de los \$ 52,000 anuales se iba en sueldos de “recomendados” del mismo Gobierno.

Al cambiar el régimen, Reyes Spíndola marchó a Europa y se desprendió de su empresa editorial. Murió retirado a la vida privada. Hizo mucho bien a México y hay que recordarlo con cariño y con[. . .]*

DON CARLOS DÍAZ DUFOO*

Este don Carlos Díaz Dufoo, grave y cascabelero a la vez, es uno de los hombres de vida intelectual más pintoresca que yo haya conocido en el curso de la mía. Pero quiero advertir, desde luego, que el llamar pintoresca a su vida intelectual, no implica, ni mínimamente, desdén, ni desaprecio, ni incomprensión de ella. Por el contrario, tengo para mí que Díaz Dufoo no alcanzó a figurar en el plano en que debía haber figurado en nuestra vida pública, nó por falta de capacidades múltiples, sino por una ingénita modestia que, en el momento prolífico, le impidió romper su crisálida para convertirse en mariposa. Hay otra explicación: Díaz Dufoo nació artista; pero las circunstancias de la política del momento lo desviaron de su camino, e hicieron de él algo híbrido, que ha dado de sí de todo un poco, —y ese poco muy bueno,— tanto en las letras propiamente dichas, como en otros órdenes de la producción cerebral.

Yo conocí personalmente a Díaz Dufoo en los aledaños de nuestra crisis política de entonces, cuando fenecía el prístino porfirismo genuino, y nuevas fuerzas modernizadas, o mejor dicho, más modernas, trataban de inyectar savia nueva al régimen que ya claudicaba a ojos vistas, pero sin atreverse a oponérsele de manera franca y decidida. Cuando lo conocí, Díaz Dufoo oscilaba entre dos amores —(¡no hay que alarmarse!):— el Arte y la Economía Política. Atraíale el Arte, porque de él venía; lo atraía la Economía Política porque hacia ella lo había inclinado aquel genial enciclopedista mexicano que se llamó Francisco Búlnes.

¿Político? . . . Sólo hasta cierto punto, aún cuando muchos de sus escritos, si no es que los más, han sido de apariencia política. Pero, a no ser desde las garantizadas columnas de los diarios de recia raigambre, Díaz Dufoo nunca “militó” en política, en el sentido en que los políticos activos de estos tiempos hemos llamado “militar”. Sostenía con gran talento y con incomparable y, a veces, cruel y fina ironía, a un régimen fuerte y establecido, y lo defendía contra los embates de tendencias recién llegadas y, creyéndose sinceramente él mismo innovador, se asustaba, sin saberlo, de las innovaciones que realmente surgían en la perspectiva. De esta guisa, y por una

* Ilegible en el original.

* Nació en Veracruz (1861-1941). Diputado en la XXII Legislatura.

mal entendida fidelidad, se retrasó sin darse cuenta de ello. Porque Carlos Díaz Dufoo, sin asomo de duda, hubiera llegado a ser uno de los hombres directores de nuestro grupo renovador, en vista de su amplia instrucción, de su gran inteligencia y de su vasta cultura. Pero no existe nada en la vida moderna que exija tanto sacrificio personal, como la rutina. A los estancamientos de la rutina y a los atractivos del menor esfuerzo aparente, se une el diablillo del amor propio, que veda hacer una rectificación y dar un paso de escape fuera de lo que uno mismo se ha delineado como vía recta. Este es achaque de hombres honrados, como sin duda alguna lo ha sido Díaz Dufoo.

Para mi sentir, Díaz Dufoo ha sido, medularmente, artista ante todo, y periodista técnico después; lo de político ha sido en él sólo incidental. Toda su obra lo dice; y lo dice en aquellas de sus fases que por siempre definen la esencia del individuo: en su primavera y en su otoño. El lleno calor del verano suele desnaturalizar a los hombres.

Aunque periodista desde muy joven, Díaz Dufoo fué siempre un periodista literato; y hoy, después de haber atravesado los pantanos del periodismo de polémica partidarista, sigue siendo, más que otra cosa, un literato y un artista, aún cuando su entrenamiento en la técnica de las finanzas —(de las finanzas teóricas, porque no ha logrado hacer lo que se llama fortuna)— lo induzca frecuentemente a estampar columnas de números en los artículos que escribe. A pesar de su médula de artista genuino, fué uno de los principales colaboradores, si no el principal, de Reyes Spíndola, de aquel hombre dinámico que tuvo por coquetería esconder sus idealismos, para presentarse ante los groseros como un par suyo.

Díaz Dufoo es una contestación viviente a la interrogación há poco lanzada por la prensa de un país hermano, acerca de que si es posible ser periodista y literato a un tiempo mismo. Es una contestación rotundamente afirmativa. Lo demuestra la obra de toda su vida. Tal vez sea inepto Díaz Dufoo para administrar un periódico, a pesar de todos sus números. Pero es aptísimo para darle color y vida. ¡Y conste que lo dice alguien que, en luchas periodísticas, ha sido adversario!

Díaz Dufoo, como algunos otros de los nuestros, entró al periodismo por las puertas de la literatura. El periodismo de su tiempo juvenil era mucho más Literario que el de nuestros actuales tiempos.

Desde los boletínistas hasta los gacetilleros de antaño necesitaban tener algún contacto con las Musas. Así vemos cómo la mayor parte de nuestros literatos de renombre hubieron de pasar por aquel periodismo.

Conocí a Díaz Dufoo allá por la última década del siglo pasado, cuando laboraba, al lado de Gutiérrez Najera, en "El Partido Liberal", de don Apolinar Castillo. En ese diario de ilustre tradición hice mis primeras armas periodísticas, o mejor dicho literarias, pues también yo entré al periodismo por la literatura. Al margen del diario, Gutiérrez Najera y Díaz Dufoo editaban una revista semanal que fué considerada como la bandera vanguardista de las letras nacionales de la época: "La Revista Azul". A ella acudían todos los portaliras y los emborronadores de cuartillas en prosa lírica. El Duque Job y Díaz Dufoo los acogían con benevolencia, y ellos dieron el espaldarazo ritual a toda una nueva generación de escritores.

Mientras en el diario escribía Díaz Dufoo sesudos editoriales — los "boletines" de entonces—, en la Revista escribía cuentos, cuentos impregnados de espíritu galo y tocados de la verdad naturalista, al modo de los de Maupassant. Llegó a publicar un tomo de ellos, y muchos creíamos que marchaba decididamente hacia la novela, en la que sin duda alguna hubiese sobresalido notablemente. Pero más tarde, el "mercantilismo" editorial de Reyes Spíndola y las divagaciones sociológico-económicas de don Pancho Búlnes lo desviaron de su camino, conduciéndolo por senderos menos ideales y dejando apenas algunas seccioncillas incidentales y secundarias al desbordamiento de su vena literaria.

La obra completa de Díaz Dufoo llenaría muchos volúmenes. Es sin duda uno de los contemporáneos que mayor número de "emes" han arrancado a las cajas y a los linotipos. Claro es que no toda su obra es selecta, como nunca puede serlo la de diarista alguno. Pero sí es muy personal y de inconfundible estilo.

Como amigo y camarada, Díaz Dufoo es atractivo sobre toda ponderación. Ni los dolores, ni las decepciones, ni las canas han logrado mermar la gracia de su verbo ni el cascabeleo de su espíritu. Sigue siendo joven a través de los tiempos y es de que oponen una sonrisa a cada embate de la vida.

No descansa, no puede descansar. Su pluma escudriña sin cesar los arduos problemas del día, y sus opiniones están catalogadas entre

las de indiscutible autoridad. Pero no es eso todo: acaba de arrancar frescos laureles a la literatura escénica con su "Padre Mercader" y el franco éxito obtenido, augura que persistirá por ese camino, para bien del alto teatro mexicano.

Díaz Dufoo ha vivido una vida fecunda y bien vivida.

EL POETA-MECENAS JESÚS E. VALENZUELA*

Retoño de acomodada familia del Estado de Chihuahua, fué enviado desde muy joven a la capital de la República para que educara su intelecto en la entonces augusta Escuela Nacional Preparatoria, que dirigía su propio fundador, el ilustre filósofo y educacionista poblano, doctor don Gabino Barreda. La justa fama de esa escuela era tal, que de todos los confines de la República afluan a ella las núbiles inteligencias, ávidas de abreviar en los la fertilizante ciencia positiva. La región norteña dió un buen contingente, y muchos de los preparatorianos fronterizos llegaron a figurar en primera línea en las actividades profesionales, intelectuales, artísticas y políticas de nuestro país. Citaré al azar tres nombres, que son para mí venerados: Jesús E. Valenzuela, Porfirio Parra y Venustiano Carranza.

Chucho Valenzuela, el doctor Porfirio Parra y el doctor Manuel Flores, fueron tal vez los discípulos directos predilectos de Barreda y los tres brillaron con luz propia en la rica constelación preparatoriana de aquel entonces. Los tres han muerto, dejando huellas imborrables de su paso por la vida, por la ciencia y por el arte.

Jesús E. Valenzuela no terminó su carrera profesional hasta graduarse, pues tempranamente le atrajo la actividad de los negocios y en ella, con el franco apoyo de su conterráneo el Gral. Carlos Pacheco, el gran Ministro de Fomento, hizo una fortuna considerable, que la voz pública señalaba como de dos o tres millones de pesos, suma poco menos que fabulosa en aquellos tiempos acopió suma grande de conocimientos, bien digeridos y aprovechados, por manera que llegó a ser hombre de positiva y rica cultura.

* Nació en Durango (1856-1911). Fue Diputado en varios períodos del gobierno de Porfirio Díaz.

Sus actividades financieras no lo embargaron del todo, pues consagró gran parte de su tiempo al arte, en el que se distinguió grandemente, tanto como crítico competente, cuanto como poeta de alto sentimiento y de bien definida personalidad.

Cuando fué rico, o por mejor decir, mientras fué rico, fué generoso Mecenas de escritores y artistas de su época, que se agruparon a su vera hasta constituir uno de aquellos cenáculos de intelectualidad como entonces los había en París, que a la sazón disfrutaba, ante la América Latina, de una a modo de exclusiva en materia de arte, de literatura y de alta filosofía.

De tal suerte lo poseyeron el arte y sus inclinaciones a una "bohemia" distinguida, que poco a poco fué descuidando sus negocios hasta abandonarlos casi del todo; y como sus egresos eran altos, porque sabía vivir muy bien, y no cuidó de obtener nuevos ingresos, sobrevino el desequilibrio de su fortuna, y siguió viviendo a cargo del capital y no de los réditos. Fué durante varios períodos Diputado al Congreso de la Unión, pero la política no tuvo para él mayores atractivos, ya que no era posible ejercerla con libertad e independencia.

Cuando yo conocí y traté muy de cerca a Jesús E. Valenzuela, ya su riqueza material iba muy en menguante, y de ello me precie, pues de tal suerte no fuí de los favorecidos de su escarcela. Si muchos de aquellos a quienes favoreció con largueza supieron corresponder a sus generosidades siquiera sea en el orden moral, otros muchos lo explotaron vulgarmente, y algunos hubo que en las horas de la desgracia lo abandonaron por completo.

Lo conocí por conexiones literarias -(entonces era yo exclusivamente literato, sin contacto alguno con la política que después me absorbió)- cuando en el "Salón Bach" o en el "Salón del Comercio", alejado ya de los financieros y desdeñando a los políticos, alternaba cotidianamente con gente de arte. ¡Pléyade de juventudes en flor, de las cuales algunas maduraron con fruto y perdurarán en los tiempos! . . . Julio Ruelas, Bernardo Couto Castillo, Rubén M. Campos, Ciro B. Ceballos, Jesús Urueta. . . y quién sabe cuántos otros más que formaban una aromosa guirnalda de floración estética y de alta mentalidad!

Couto Castillo fundó entonces la "*Revista Moderna*", en un irresistible impulso de juvenil fervor artístico y en el afán de depurar

el ambiente literario que había degenerado con reacción hacia un romanticismo ya extemporáneo, unas veces, y otras con tendencia a un folklorismo impoluto y grosero. Poco tiempo después, cuando los esfuerzos económicos de Couto Castillo llegaron a su límite extremo, Jesús E. Valenzuela tomó en sus manos la "Revista Moderna", y no solamente la salvó de la muerte, sino también la convirtió en relicario y almacigo de cuanto entonces valía la pena guardar y fomentar en materia de arte y de literatura vernáculos. La colección de la "Revista Moderna" es un gallardo estandarte de toda una edad literaria de México. Y eso se debió a Valenzuela.

Asocióse a Valenzuela en esa obra de alto patriotismo su contreráneo don Jesús E. Luján, otro verdadero Mecenas de la bohemia artística mexicana. Entonces floreció plenamente el talento de Julio Ruelas, cuya obra puede encontrarse, casi íntegramente, en la "Revista Moderna". Quien posea la colección completa de la "Revista Moderna", posee un tesoro.

Yo recuerdo haber escrito en ella una apreciación crítica sobre la personalidad de Valenzuela, en la que hice resaltar la fuerza de su cultura positiva, emparejada con su valimiento de artista y de poeta. Dualidad muy rara entre nosotros.

Cuando advino la renovación político-social de nuestro país, ya Valenzuela era presa de los males físicos que lo llevaron al sepulcro, y no pudo participar activamente en ella. Pero, como conocí sus indignaciones y sus imprecaciones de otros tiempos, seguro estoy de que, de haberse hallado en plena posesión de sus facultades físicas en el momento en que brotó nuestra fiebre de renovación, Valenzuela hubiera sido uno de nuestros guías, uno de nuestros conductores.

Aún sin eso es nuestro, y muy nuestro. Pero fuera de las doctrinas sociales y de las acciones políticas, cada vez que en él pienso, y esto es a menudo, rememoro una estrofa suya, que deficientemente me sé de memoria:

"Ninón despierta. . .
La pensadora
frente levanta como una aurora
sobre la noche de sus cabellos,
que en ondas amplias se esparce y cubre
sus bellas pomas, pomas de Octubre,
promesas blancas para futura
boca de niño, rosada y pura."

¡Cuántas veces se la oí recitar! . . . ¡Y cuán lejanos me parecen aquellos

JESÚS URUETA*

El Artista del Verbo y el Orador del Arte: tal fué Jesús Urueta. Su vasta y exquisita labor está dispersa. Un par de libros sólo publicó él; uno que contiene deliciosos bocetos literarios hechos en su juventud, cuando aún no había sido arrebatado por los torbellinos de la lucha y de la política y podía todavía, viviendo una juventud exuberante y cómoda, rendir parias a las dulces Musas, sin sentir los acicates del combate ni los apremios de una intensa lucha por la vida, lucha agresiva a las veces, pero defensiva las más; el otro libro, es una compilación de algunos de los discursos por él pronunciados, que no son todos y que quizá ni siquiera sean todos los que conmovieron a las multitudes con irresistible y fecunda emoción. Muchas de sus más bellas peroraciones no fueron recogidas por la taquigrafía, por manera que están perdidas y perdidas quedarán. Perduran en la memoria de quienes tuvieron la dicha de escucharlas; pero éstos. . . nos vamos yendo poco a poco y día habrá en que ni uno sólo de nosotros quede. . . Entonces, las generaciones venideras ignorarán una buena parte de la formidable y bellísima labor de Urueta.

Es el sino de los oradores, como el de los cantantes: cuando se van, se va con ellos lo mejor de su obra, si no es que toda ella. Leyendo los discursos de Castelar, verbigracia, sin duda halla el erudito placer selecto; pero tiene que hacer un supremo esfuerzo de imaginación para colocarse en el ambiente, en la época, en el momento, en el sitio preciso en que el discurso fué pronunciado, para poder

* Nacido en Chihuahua (1868-1920). Diputado en 1904 en la XXII Legislatura y también en la "histórica" XXVI en 1912 donde destacó formando parte del grupo renovador.

tomarle sabor. Para SENTIR el soberbio discurso con que en la Cámara mexicana el Maestro Altamirano pidió antaño la cabeza del Ministro Payno, se requiere, a más de una fuerte erudición histórica, una gran potencia de autosugestión psíquica para trasladarse a la época, al momento y al ambiente. Y aún así, falta el gesto y falta la voz, cuyas inflexiones forman parte integrante de la obra del orador. Un discurso leído por otro resulta muy distinto del discurso dicho por su autor, si éste es orador de verdad, aunque el lector no le varíe una sola palabra y aunque el lector tenga bella dicción y esté avezado a graduar con intención las puntuaciones de la oración y el tono declamatorio. Acontece lo propio con las obras de los músicos muy nerviosos y personales: no hay dos virtuosos que "ejecuten" de idéntica manera una pieza de Chopin. . . No se me diga que, en nuestros días, el fonógrafo y el cinematógrafo unidos pueden perpetuar completamente, en los tiempos, a un orador desaparecido; esto no es cierto, a lo menos para un auditorio de selección. Por el contrario, tales artificios suelen exponer al orador y al cantante al más cruel de los ridículos. Tal vez, con el tiempo, ello se logre. Pero Urueta, por desgracia, no alcanzó ese tiempo. . .

Se perpetuarán de él algunas altas y nobles ideas, expuestas con impecable acierto y con arte insuperable. Pero aquel su elegante y personalísimo gesto, aquella su expresión facial, tan suya y tan variante a medida de los sentimientos y de las impresiones que sacudían su alma. . . eso, se perdió para los pósteros y sólo se mantiene en el recuerdo y en la emoción de los contemporáneos del orador.

Para mí, empero Urueta no evoca únicamente la ilimitada admiración para el tribuno insuperable. Su memoria es para mí la del político rectilíneo, la del volteriano filósofo en la intimidad, la del inseparable compañero —en lo bueno y en lo malo— durante una larga y agitada etapa de mi vida, la de uno de los hombres a quienes más he querido y que mayores pruebas de desinteresado afecto me dio. ¿Cuántos amigos de esos he tenido? . . . Uno, dos, tres. . . y no puedo seguir contado.

Mis primeros contactos con Jesús Urueta, ocho años antes de que terminara el siglo XX, no permitieron nunca la intimidad. Era él, aunque joven, un hombre que ya alcanzaba los linderos de la consagración, mientras que yo, mozo apenas escapado de las aulas, trataba de hacer mis primeras armas literarias en "El Partido Liberal", bajo la bondadosa mirada de don Apolinar Castillo y los alentadores impulsos del también para mí inolvidable "Duque Job", aquel mago del verso que rejuveneció la lírica mexicana con la sonrisa de la pizpireta Mimí Pinson.

Conocíle en aquella hospitalaria redacción, en la que sólo discutíamos sobre tópicos de arte literario; es decir, donde yo escuchaba lo que discutían los otros. Y al caer la tarde, le acompañaba en su cotidiano transitar por la Calle de los Plateros, de tradicional elegancia, y sentía franca vanidad de que la gente me viese al lado del rubio literato cuya pluma era disputada por las columnas más selectas de la prensa y cuya palabra empezaba a tener, en la opinión, sonoridades de bronce. ¿Quién había de decirme entonces que mi admirado y respetado compañero se ligaría tan apretadamente a mi destino en los años futuros?

Más tarde, mucho más tarde, la política nos ligó, nos ligó de tal suerte que nuestras actuaciones fueron idénticas, en la lucha de prensa, en el parlamento, en el Gabinete, en la diplomacia. Quiero decir idénticas en el sentido de la orientación y de las aspiraciones; que en cuanto a calidad, claro es que la mía no resiste comparación en la suya.

Aún en el desarrollo y afianzamiento creciente de nuestra fraternal amistad, por costumbre, de no recuerdo qué origen, el me llamaba "Don Juanito" y yo a él "Don Jesús". Nunca fué de otra suerte, aún en momentos trágicos y trascendentales, y no se diga en los placeres de la vida "efímera y transitoria", como él solía decir.

La mañana del fatídico domingo que inició la Decena Trágica, Urueta y yo contemplábamos, desde un balcón de Palacio, el pavoroso aspecto de la Plaza de la Constitución, que acababa de ser barrida por la metralla. Aún no se levantaba el campo, y cordones de tropas rodeaban la gran plaza. Aquí y acullá, montones de cadáveres habían sido apiñados, mientras venían a llevárselos las ambulancias. Cadáveres de papeleros, de mujeres, de hombres del pueblo, uno que otro de soldados. Abajo de nosotros, abandonada, una mula de la artillería, desenjanzada, gemía con el hocico abierto y babeante, mientras hacía oscilar, con trágico ir y venir de péndulo, una pata rota en dos que no cesaba de sangrar. . . Se oía a lo lejos el tiroteo intermitente de fusiles y ametralladoras. Tras de nosotros, en el Salón Verde, el Presidente Madero conferenciaba con Generales y oficiales. Tristemente, tras largo silencio, Urueta me dijo:

—Oye, Don Juanito, ¿verdad que todo esto lo habíamos leído, pero que no creíamos presenciarlo nunca?

Se refería "Don Jesús" a los sangrientos episodios de nuestra pretérita historia nacional, y se entristecía al verlos continuar y reproducirse.

—Mira, Don Juanito, —me decía once días después, cuando nos aprehendieron en Puebla y nos despedíamos al ser consignados separadas e incomunicados, al Cuartel de San José, probablemente para ser sacrificados— mira, Don Juanito, no hay por qué entristecerse: ya habíamos leído que esta vida es efímera y aún transitoria, y siempre hemos sabido que algún día tendríamos que llegar a su fin. . . A touteal heure!”

¿Anécdotas galantes y jocosas de Don Jesús? . . . Las tengo a montones. Pero no he de darlas hoy, sino en otra nota.

Poseedor de un espíritu finísimo y de una alta y muy refinada cultura, Urueta era siempre él, hasta en los trances más vulgares y comunes de la vida de todos los días.

Sus debilidades fueron las de todo hombre de mundo de su época. Sus reales fortalezas, las que muy pocos hombres poseen, sean de mundo o no.

Cierta mañana de fines del año de 1920, al ir de mi domicilio particular a mi Legación en Madrid, asaltóme repentinamente un intenso recuerdo de Don Jesús, por haber visto en la calle no sé qué, que a él hubiera hecho mucha gracia. . . Urueta era Ministro en Buenos Aires, y yo sabía que se encontraba bastante enfermo, pues muy enfermo había partido para allá. Al llegar a mis oficinas, ordené que se cablegrafiase a Buenos Aires, preguntando por la salud del Ministro. A las pocas horas, el buen amigo Xavier Sorondo me contestaba: “Con pena manifiéstole Ministro Urueta acaba fallecer.”

Sus restos fueron traídos a México y velados en Relaciones. Naturalmente, hice guardia. Sepultado fué en la Rotonda de los Ilustres. Presidió el duelo el General Obregón, que le quería bien. Pocos minutos antes de que el cadáver fuese depositado en la fosa, Alvaro me llamó a su lado, diciéndome. “En estos momentos, debes estar junto a mí”. Se lo agradecí infinitamente.

La tumba de Urueta no tiene monumento, a lo menos, no lo tenía hasta que yo salí de México. Hace algún tiempo, un grupo de amigos iniciamos una subscripción para elevárselo. Algunos, muy pocos, sufragamos. . . Y no se pudo realizar la idea. Así suele ser México.

En esta ocasión, me voy de anécdotas. (Naturalmente, sólo de aquellas anécdotas que pueden darse en letras de molde a la cir-

culación callejera; pues las otras... tengo que guardarlas para mejor ocasión.)

Juan Boccaccio, el genial galante del siglo XIV, con su Decamerón y su diliciosa Genealogía de los Dioses; Francisco Rabelais, fin de siglo XV y XVI, con su Gargantúa y su Pantagruel; Pedro de Bourdelles, señor -(Gran Señor, diría yo)- de Brantome, fin de siglo XVI y XVII; los tres próceres, habían venido a nutrir el ingenio peregrino de Chucho Urueta, fin de siglo XIX y XX. Sólo que Urueta escribió poco; pero habló y actuó mucho.

En su primer exámen de medicina legal en la Escuela de Jurisprudencia, tocóle en suerte sacar las fichas que se referían a la epidermis y a las manos. Don Jesús iba "de panza" o "de barriga", como decíamos los estudiantes de entonces; lo cual da a entender que no había estudiado nada de "la materia", porque ésta estaba lejos de su predilección y no era de su agrado.

El salón de exámen estaba plétórico de juveniles concurrentes, porque ya era Urueta azás admirado y querido. No se inmutó Don Jesús despues de haber sacado sus fichas, y desde su sillón de examinando -como un reo ante sus jueces- dió suelta rienda a su prodigiosa elocuencia, sobre los temas que el azar le había deparado.

¿Epidermis?... ¡Dios santo, qué tema más bello! Era Don Jesús especialista en el conocimiento de la epidermis y de toda clase de demás cueros. Y se soltó hablando con entusiasmo, con fervor casi, describió todas las suavidades de la piel, todos los estremecimientos del contacto entre dos pieles; todas las delicias del ligero "duvet" que suele cubrirlas y ampararlas; todas las heroicidades de las epidermis curtidas en el trabajo de los campos y quemadas por la pólvora de los combates... Exquisita conferencia, desbordante poesía. Pero no para lo que científicamente es la epidermis ni lo que un abogado debe saber de ella para los eventuales efectos del ejercicio de su profesión en el orden penal.

Después... las manos. ¡Oh, las manos... qué tema más hermoso! Habló Don Jesús de las sarmentosas manos de nuestros ancestros venerables; de las manecillas delicadas, sedosas y minúsculas, -blancas y perfumadas- de las mujeres bien amadas; de las manos encallecidas del obrero que forja en el trabajo el pan de los suyos; de las manos redentoras que empuñan las armas libertarias; de las manos de orientadores de pueblos y de sociedades, que, con su índice en-

hiesto, señalan el camino por seguir para llegar a la liberación y a la dicha de la estirpe humana. . . Una exuberante exposición de ideas y de sentimientos, que fueron desde las manos ensangrentadas del asesino pasional hasta las manos purificadoras de la Madonna. . . Pero no dijo lo que en la ciencia anatómica son las manos ni lo que dijo un abogado debe saber de ellas para los eventuales efectos del ejercicio de su profesión en el orden penal. . .

Los apaludos de la concurrencia, infringiendo el reglamento académico, interrumpieron repetidas veces al examinando. La hora reglamentaria transcurrió. Los jurados, dos abogados y un médico —“El Médico” como le decíamos en la Escuela, por antonomasia, al hijo del ilustre Nigromante— mostrábanse entusiasmados. Aprobaban los dos abogados; en cumplimiento de su deber, reprobó el médico. En consecuencia, Don Jesús “pasó”, por mayoría.

Defendió Urueta a un homicida, que había dado muerte a una hermana alegando graves motivos de honor. Habló Don Jesús ante el llamado Tribunal del Pueblo con su característica elocuencia, y tras larga deliberación, los jueces dictaron un veredicto absolutorio y el presunto reo fué puesto en libertad.

El público aclamó ruidosamente al defensor, y las felicitaciones le llovieron. El mismo reo, enternecido, se acercó a su defensor para darle las gracias.

—Licenciado, déme un abrazo, —le dijo.

—Eso sí nó, viejecito, repuso Urueta. Usted está libre, pero usted no me abraza. . .

Cuando nos narró este episodio, los amigos le objetamos que era inmoral defender a un hombre a quien, en conciencia, se creía culpable.

—Tenéis razón, —nos dijo. Mas, para un hombre de tribuna, el jurado popular es una indispensable etapa en México, y el que no obtiene allí un éxito siquiera, no vale nada. . . Por lo demás, os aseguro que no he vuelto a hacerlo, ni lo volveré a hacer. . .

En la vigésima sexta Legislatura, —la más luminosa e interesante de las últimas que ha tenido México— Urueta fué uno de los oradores más recuentes y brillantes.

Mucha gente cree que Don Jesús sólo servía para discursos académicos, cuidadosamente preparados, pero que no tenía las capacidades de improvisación, de oportunidad y de "ex-abrupto" que son indispensables en la tribuna parlamentaria. Nada más equivocado. Por el contrario, Urueta no acertaba nunca a preparar sus discursos; y cuando por azar lo intentó, resultó que a la hora de pronunciar su oración dijo algo diverso de lo que preparado había, al grado de que fué necesario retirar de las prensas el original dado de antemano, para substituirlo con la versión taquigráfica de lo realmente dicho en la tribuna. Claro es que esto sucedía en cuanto a forma externa de sus oraciones, y no en cuanto a ideas y finalidades; pues una de las cualidades de Urueta, en la tribuna del parlamento, es que nunca dijo nada que no sintiera profunda y sinceramente. Alguna vez recuerdo que con miradas políticas, le rogué abriera un debate en determinado sentido. Y me dijo:

—Mira, Don Juanito, no puedo... Yo no estoy de acuerdo con el modo de ver de ustedes en este caso... No me opondré, ni tomaré la palabra... Pero tampoco puedo iniciarlo.

A un prestigiado orador de las Cámaras porfiristas, que solía hablar muy bellamente, se le puso el sobrenombre de "pistola de un solo tiro", por el hecho de que una vez pronunciado el discurso de preparación determinada, era incapaz para la réplica, a menos de que se dejase la continuación de la discusión para el día siguiente. Pero Urueta no era así; era arma de repetición y de buena y atinada repetición. Si se sentía entusiasmado y "creyente", improvisaba de modo portentoso. ¡Dígalo su discurso contra la rebelión de Don Félix Díaz en Veracruz! Discurso que, después del "triunfo de la Ciudadela," puso en inminente peligro su vida...

Replicaba, "paraba" e interrumpía con sal ática y con oportunidad sorprendente, que arrastraba a favor de su causa todas las simpatías de la Cámara. Cierta vez, un respetable Diputado del Partido Católico contendía con Don Jesús en no recuerdo ya qué asunto, y en su peroración dijo algo parecido a esto:

—La brillante argumentación de Urueta es capaz de impresionar a los señores Diputados, merced a ese talento que todos le reconocemos; pero también debemos reconocer que ese talento está hoy desgastado, pues Urueta dejó una parte de él entre... los brazos de sus amigas de París...

Pidió Urueta la palabra de urgencia, para contestar alusiones personales, y concedida que le fué, sólo dijo:

—Doy las gracias a los respetables labios del preopinante por el interés que manifiestan acerca de la disminución del talento que me supone. . . Pero si tanto les interesa la parte que dicen he perdido, los autorizo generosamente a que vayan a recoger esa parte del talento en donde dicen que la dejé. . .

Una carcajada yocunda resonó en la Cámara. El “preopinante” terminó brevemente su discurso, y los entonces gobiernistas ganamos el punto a votación.

(“El caso debe constar en el *“Diario de los Debates”*.)

En sus trabajos periodísticos, Urueta usaba un procedimiento singular. Le costaba mucho trabajo escribir. Mejor dicho, no podía escribir. Tenía que dictar.

Llegaba a “México Nuevo” o a “Nueva Era”, y la taquígrafa le esperaba, lápiz en mano. Don Jesús se paseaba por la estancia a grandes zancadas, consumía cigarro tras cigarro, se rascaba la palma de la mano izquierda con los dedos de la mano derecha, y de repente. . . ¡Zás!. . . ahí venía el artículo o por decir mejor el discurso. . . Artículo que, según el caso, levantaba ámpulas o hacía brotar lágrimas. . .

Pero si siguiera con anécdotas uruetianas, no acabaría nunca. . .

GUSTAVO A. MADERO*

Sin espada, sin péñola, sin señalamiento singular en la tribuna, pero de un dinamismo alerta y fecundo, de una acción incesante y decidida, de una gran firmeza de carácter, fue Gustavo A. Madero uno de los más enhiestos y significativos personajes de la Revolución de 1910. Esas cualidades costáronle la vida, después de haber sido el pararrayos de todas las diatribas y de todas las injurias de los recién

* Nació en Parras, Coahuila (1875-1913). Diputado en la XXVI Legislatura. Formaba parte del grupo que apoyaba a Madero.

vencidos enemigos del régimen libertario, que rugían de ira. Nunca estará completa la historia de la Revolución, mientras no se haya comprendido cabalmente la recia personalidad y la noble psicología de Gustavo A. Madero.

Comparativamente con la que me ligó al presidente mártir, su hermano, mi gran amistad con Gustavo fue de más corta duración, porque cuando de las aulas alemanas acudí a las de Francia, y en ellas conocí al que más de ser nuestro presidente y a varios de mis tíos, ya Gustavo había regresado a México a laborar tenazmente en la vida, como todos los Madero.

Guardaban de él sus condiscípulos gratísima memoria, y constantemente lo traían a su recuerdo. Pintábanlo como un mozo jovial, alegre, generoso y travieso, muy amante de los deportes y de correrías. Era de naturaleza hercúlea. Un día, jugando a la pelota con Ernesto Fernández Arteaga recibió un fuerte golpe en el ojo derecho, que fue necesario extraerle a la postre, sustituyéndolo con una bien acabada pieza de cristal. De aquí el odioso mote de "Ojo Parado", con que más tarde le obsequiara impíamente el periodista católico don Trinidad Sánchez Santos, cuando no encontró en el régimen maderista el ilimitado apoyo que había soñado para sus empresas.

De actividad innata, Gustavo, a su regreso a México, se dedicó a los negocios industriales y agrícolas, no solamente en su Estado natal, sino también en Jalisco y en otras entidades de la República. En 1910 regenteaba un buen establecimiento del ramo de papelería e imprenta en la ciudad de Monterrey.

Allí lo conocí, en junio del año glorioso, cuando acababa de ser aprehendido y encerrado en la penitenciaría su ilustre hermano. Gustavo estaba indignadísimo, pero guardaba una admirable sangre fría, y fue el primero que me dijo:

-No tenemos más camino que ir a la revolución. . . En dos horas de conferencia comprendí toda la energía y la decisión que había en aquel hombre, nacido para organizar y para dirigir. De mi conferencia salí con la certidumbre de que, para el caso de tener que ir a las armas, los antirreeleccionistas contábamos en nuestro seno con un carácter de magna fuerza y de incansable acción. Y así fue en efecto.

Cuando, para escapar de la persecución porfiriana, hube de ocul-

tarme en Dolores Hidalgo, primero, y de marchar disfrazado al Norte, después recibí instrucciones detalladas de Gustavo por conducto de nuestro gran amigo, el hoy general de división Francisco Cosío Robelo. Bien pronto nos alcanzó Gustavo en los Estados Unidos después de haberse librado a duras penas de la ergástula, en la que por sospechas de conspiración le tuvieron por algunos días. Una vez en los Estados Unidos, Gustavo A. Madero, aun antes de que su hermano cruzara la frontera, escapado a su vez de la penitenciaría y de la muerte, inició activos trabajos para reunir los caudales indispensables para la organización y la iniciación del movimiento, trabajando a base de realización de bienes personales, y de exposición de su crédito, también personalísimo. . . Hízolo con buen éxito en Nueva York, y él fue, seguramente, quien allegó los mayores elementos para la denodada empresa. El manejó los fondos del movimiento, cuyo costo total no pasó de setecientos mil pesos, que fueron reembolsados por la Nación a quienes los habían proporcionado, con aprobación del Congreso, y previa presentación, por Gustavo de detallada y documentada cuenta, que debe existir en la Secretaría de Hacienda, o en la Tesorería de la Federación, y que debería darse a la publicidad como interesantísimo documento histórico que es.

Cuando se incorporó al Ejército Libertador cerca de Ciudad Juárez, abandonó en los demás las preocupaciones políticas, y se consagró a ser el proveedor del Ejército, haciendo titánicos esfuerzos por proporcionarle medios de subsistencia y de combate. Orozco lo miraba con malos ojos, pero se captó las más francas simpatías de parte de Villa y de los demás jefes. Cuando el motín del 13 de febrero, la energía y la acción de Gustavo A. Madero contribuyeron en señaladísima proporción, para evitar un desenlace trágico y suicida de la revolución.

Instalado el nuevo régimen, Gustavo A. Madero no quiso aceptar puesto alguno en la administración; pero en 1912 se vio obligado a ocupar una curul en la Cámara de Diputados de la XXVI Legislatura, a cuya integración revolucionaria contribuyó grandemente desde la vicepresidencia del Partido Constitucional Progresista (el que fue apodado "la Porra" por el mismo implacable don Trinidad Sánchez Santos).

En torno de Gustavo A. Madero giraban todos los revolucionarios que tildaban al presidente Madero de ser demasiado complaciente y benévolo con elementos del viejo régimen, quienes, por razón de amistad personal, aprovechaban la influencia de don Ernesto Madero

y del licenciado Rafael Hernández, parientes del presidente, y miembros de su gabinete. Y aquí cabe señalar cómo no hubo nepotismo en el gobierno maderista, ya que, si bien parientes del presidente ocuparon puestos de relieve e imprimieron a su gobierno cierto tinte de moderación, otros parientes suyos, íntimamente allegados a él por la sangre, con su hermano Gustavo a la cabeza, representaron la tendencia radical y absoluta de la Revolución. Esto lo sabían bien los enemigos y por eso lanzaban sobre Gustavo sus más envenenados dardos. Por eso también, Gustavo fue el ídolo de los revolucionarios radicales. El Presidente, por su parte, supo equilibrar siempre ambas tendencias, dentro de un alto espíritu de conciencia y de responsabilidad. Tanto hostilizaron a Gustavo ciertos grupos, que él, decepcionado y herido, ya se había resignado a aceptar, poco antes de la Decena Trágica, el cargo de Embajador Extraordinario en el Japón, con el cual se alejaba de las actividades políticas de México. . .

Cierta vez, Gustavo me había dicho: "Si el régimen llega a verse en peligro por las complacencias de Francisco, no será él, sino yo, a quien más odien los enemigos, y el primer sacrificado seré yo". Así sucedió. Gustavo conocía a los hombres, y no se dejaba conquistar por falsas apariencias de adhesión y de amistad. Así lo define el ingeniero Pascual Ortiz Rubio en su libro *La Revolución de 1910* (pág. 125): "¡Qué bien conocía don Gustavo a los hombres y qué penetrado estaba de la sana idea revolucionaria! Esto le fue labrando poco a poco su martirio".

Cuando al iniciarse el cuartelazo de 1913 la mal aconsejada Escuela de Aspirantes ocupó el Palacio Nacional, Gustavo A. Madero se presentó allí para ver lo que ocurría, y fue detenido por los infidentes.

Quizá lo hubiera fusilado, si no se presenta con tanta oportunidad del comandante de la Plaza, el ejemplar divisionario don Lauro Villar, quien impuso su autoridad sobre los sublevados y los desarmó, libertando a Gustavo y a sus acompañantes. Ocupada la Ciudadela por los cuarteleros, y juzgando en peligro al Gobierno, hubo quien propusiera a Gustavo que saliera para el Norte. Estuvo listo el tren, pero Gustavo no quiso abandonar a su hermano en aquel trance delicado, no obstante que en los últimos tiempos había tenido con él serias diferencias de carácter político.

Victoriano Huerta nos había anunciado, para la tarde del 18 de fe-

brero, un ataque decisivo sobre la Ciudadela, con plena seguridad de triunfo. En tal estado de confianza se hallaba el Presidente Madero, cuando fue traicionado y aprehendido por Huerta y Blanquet.

En la mañana de aquel día fatídico nos aventuramos a salir de Palacio, para recorrer a pie algunas calles, Gustavo A. Madero, Cosío Robelo y yo, y pasamos a desayunar al hotel del Bazar. Fue el último desayuno de Gustavo. Estaba alegre y decididor, porque sabía que en el Consejo de Ministros que iba a celebrarse en aquellos momentos, se acordaría la dimisión en masa del Gabinete, para constituir uno nuevo, al anunciarse la toma de la Ciudadela. "El nuevo Gabinete se formará con gente <<nuestra>>, decía Gustavo, porque Francisco ya se convenció de esta necesidad, después de lo que ha pasado." Y añadió: "al mediodía tengo invitado a Huerta a almorzar en <<Gambrinus>>, y de allí se marchará a organizar el ataque. . ."

Huerta acudió al convite. Según me han narrado testigos presenciales, el jefe de las armas estaba nervioso, pero fingía jovialidad y confianza. Al ofrecer los aperitivos, Gustavo le preguntó: "¿Qué va usted a tomar, general?" . . . y Huerta le contestó: "La Ciudadela, don Gustavo". Era ya muy pasado el mediodía, y Huerta iba con mucha frecuencia al teléfono, mientras se servía el almuerzo. De repente dijo a Gustavo que había olvidado su pistola, y que tenía que salir a dar una orden rápida, pero que no quería ir desarmado, por lo que le suplicaba le prestara su revólver. Así lo hizo Gustavo, y Huerta salió. A poco se escucho gran alharaca en la calle, y penetró al salón, donde los comensales esperaban a Huerta, un cuñado de éste al mando de un pelotón de guardias de Chapultepec, quienes intimaron a Gustavo se diese preso, diciéndole al propio tiempo que ya lo esperaba su hermano el Presidente. . .

Lo condujeron a Palacio, sin permitir que se comunicara con su hermano; y al entrar la noche, lo llevaron en un automóvil particular a la Ciudadela, para entregarlo a sus verdugos. "Fiffes" pertenecientes a familias muy connotadas del viejo régimen conducían el coche y resguardaban al prisionero, sobre quienes lanzaban todo género de injurias. . .

¿Cómo estuvo la tragedia de la Ciudadela? . . . Deben vivir aún algunos de los testigos presenciales, y bueno fuera conocer el relato de algunos de ellos. Quienes dicen que fue Cecilio Ocón quien hizo el primer disparo; quienes que fue un cadete y oficial de la Escuela

de Aspirantes. Es el caso que aquellos bárbaros le sacaron a su víctima el ojo sano, y cuando Gustavo, ciego y adolorido corría en las tinieblas, lo acribillaron a balazos y lo mutilaron inicuaente. Fue a caer muerto a los pies de la estatua del Gran Morelos. . .

ENRIQUE BORDES MANGEL*

La noticia fué lacónicamente transmitida por una agencia cablegráfica: murió en Tijuana, B. C., Enrique Bordes Mangel a la edad de cuarenta y nueve años.

El infausto aviso llenó de pena a los auténticos veteranos de la Revolución, a aquellos que conocemos palmo a palmo su origen y su desarrollo a aquellos que la hicimos conscientemente y no llegamos a ella por proceso de aluvi6n, aquellos que sabemos bien, sin tapujos de mixtificaciones, lo que cada uno hizo entonces y ha hecho después en el decurso de la renovaci6n nacional.

Enrique Bordes Mangel ha muerto en el ostracismo —porque ostracismo es estar alejado de la fraternal comunidad de los camaradas de lucha— y en muy triste situaci6n económica, ¡Extraña recompensa para quien tanto hizo por los demás!

Después de la escueta noticia de su muerte se hizo el silencio en torno del desaparecido. Sólo lo ha recordado con efusi6n Diego Aredas Guzmán, el batallador periodista, también veterano de la Revoluci6n a la que ingresó siendo un adolescente apenas. ¡A lo menos ha tenido Enrique un aromoso ramillete de flores sobre su tumba!

Ocho años hace que ví a Enrique por vez postrera. Acababa de reorganizar el Partido Nacional Antirreeleccionista, acto que le vali6 ser expulsado de la Cámara de Diputados, contra toda ley y contra toda justicia. Ante la fusilata infame del 27. Bordes Mangel se expatrió y luchó como pudo en tierra inh6spita y al fin a radicarse a Baja California, para vegetar en misera condici6n burocrática y al margen de toda política, a la que repudió amándola, como se repudia

* Nació en Guanajuato (1886-1935). Diputado Federal en las Legislaturas XXVI, XIX y XXXII.

y, no obstante se sigue amando a una amante envilecida, pero el ocupó el mejor sitio de nuestro corazón en los días de juventud y de ilusión. Tuvo Bordes Mangel el temperamento y la capacidad del verdadero político, pero fué de una escuela que hoy no prospera.

Escasa nuestra correspondencia en los últimos ocho años, —más escasa la suya que la mía— poco supe de preciso respecto de sus andanzas. Acabó Enrique por no querer ya escribir a sus amigos, para no hacerlos partícipes de amarguras que bien sabía que ellos no podían remediar. Supe que enfermó y que se hizo necesario practicarle delicada operación, para lo cual se internó en un sanatorio de San Diego, California. La operación fué feliz por modo inmediato, pero le duró achacoso y deprimido, y en estas condiciones se reintegró a su residencia de Tijuana. Hace poco tiempo, un caballero para mí desconocido, me escribió avisándome que Enrique estaba nuevamente grave, en un hospital de la localidad y en muy afflictivas condiciones económicas, por lo que pedía que los viejos amigos hiciéramos algo por él en vida, antes de vernos obligados a rendirle el último tributo en pegíricos y recordaciones. ¡Cuánta verdad! Pero... ¿qué pueden hacer hoy los viejos amigos, los inseparables camaradas de ayer?...

Muchos se han ido y los que quedamos, no podemos dar sino afectos... Promovíamos algo, cuando nos llegó la triste noticia. Enrique Bordes Mangel ha muerto olvidado por la Revolución a la que no faltó nunca desde que fuera uno de los autores del Plan de San Luis Potosí, de esa lábaro original que ha sido el único que, en un momento dado, momento de entusiasmo, de abnegación y de sacrificio, cobijó a TODOS los revolucionarios, sin facciones ni personalismos.

* * *

La vida precaria en lucha perenne, la muerte obscura y la inhumación por caridad: he ahí el destino de ciertos hombres de honor político, para quienes todo es preferible a la claudicación y al principio moral. Triste y cruel destino, pero que, no obstante, es timbre de honor para quienes de honor saben. No será Enrique el último que desaparezca en tales condiciones. Quedan por ahí todavía un puñado de hombres que marchan sobre la misma ruta, pero cuyo noble orgullo no les permite quejarse ante las muchedumbres, como no se lo permitió a él.

En los comienzos de la lucha libertaria. Bordes Mangel fue inseparable compañero mío y de Jesús Urueta. Mucho más joven que

nosotros que todavía nos consideramos tales, su fogosa impetuosidad nos contagiaba y en más de una ocasión nos tildó de tímidos y de precavidos, prematura e injustamente. Pero él sentía y pensaba así porque hubiera querido que todo se hiciera en un instante y porque su cerebro y su corazón estaban impregnados de las bellezas de la Revolución Francesa, cuando nosotros empezábamos a comprender a medias que la realización inmediata del ideal no siempre está al alcance de los mortales. En el Partido Nacionalista Democrático, cuando venturosamente se despojó de su etiqueta reyista. Bordes Mangel fue de los más impulsivos y concurrió como delegado a la histórica Convención del Tivoli del Eliseo. Concurrió a ella a sabiendas de que no se trataba sino de llenar una etapa necesariamente preparatoria de lo que habría de sobrevenir, pero convencido de que nuestros esfuerzos no podían tener más resultado práctico que la revolución armada. Él y Robles Domínguez fueron, muy probablemente, los primeros convencidos de la necesidad de un movimiento de violencia. Y, adelantándose a los acontecimientos, más que en la renovación política soñaba en la renovación social. Así lo demuestra en todos sus discursos y en todos sus actos y por eso reclutaba su personal clientela política entre "los de abajo". ¡Bordes Mangel es de una de las primeras figuras en cronología y en eficacia, de la dignificación del obrerismo nacional, caída hoy en manos de tantos farsantes y de tantos falsos apóstoles!

Cuando peroraba en los mítines populares, sacudiendo a los vientos su cabellera juvenil como una melena de león, Jesús Urueta lo miraba extasiado y lo aplaudía frenético. "Este dantoniano —decía— podrá lograr él solo más que todos nosotros juntos". Y así era en efecto: creo que en la ciudad de México, Bordes Mangel fue el más eficaz propagandista del sentimiento insurreccional en 1909 y 1910. Había estudiado leyes, pero nunca le atrajo la insípida rutina de los tribunales. Su pluma no estaba hecha para firmar expedientes, y sí para lanzar proclamas incendiarias. Incendiarias, sin demagogia: pues, por singular cualidad, nunca Enrique caldeó los sentimientos populares más allá de lo factible y de lo realizable. No se limitó, empero, a enardecer, pues a la hora de la acción, correspondió plenamente a sus exaltativas. Tuvo que expatriarse para conservar su libertad, como tuvimos que expatriarnos los más activos y señalados preparadores del movimiento insurreccional, y hacia fines de 1910 formaba parte de la pequeña colonia de refugiados que en San Antonio, Texas, sufriendo penurias pero llenos de fe y de esperanza, terminábamos de trazar los planes libertadores que en el orden efectivo, dieran nacimiento a la Revolución Mexicana. Cuando el Apóstol Madero, recién evadido de San Luis, llegó a Ciu-

dad del Alamo, Bordes Mangel fué uno de los por aquél convocada para dar forma definitiva al llamamiento a las armas que habría de sacudir el país tan intensamente. En nuestros días, era el más joven de los cuatro supervivientes redactores de aquel Plan: han muerto Madero y Bordes Mangel. Enrique trajo a la región noroeste del país los primeros ejemplares del Plan, justamente con instrucciones para los jefes regionales. Descubiertas su identidad y su misión, estuvo a punto de ser aprehendido por los esbirros porfiristas, pero logró ocultarse en la región, y más tarde, pasar a otras, en las que estuvo trabajando por la causa hasta el triunfo de la Revolución.

Perteneció a la XXVI Legislatura y fué Secretario del Gobierno del Distrito en el período presidencial maderista. Después del crimen huertiano la banda de asesinos del Usurpador dió cuenta a su amo de haber acabado con los días de Bordes Mangel. La noticia circuló ampliamente y todos los correligionarios lo creímos muerto; pero es que él se había ocultado y que, por confusión con él, había sido sacrificado un desconocido. Entonces, Bordes Mangel trocó su pluma por la espada y militó contra la Usurpación bajo las órdenes del Centauro Pancho Villa; y como siguió en esas filas ulteriormente, tuvo que vivir expatriado durante el gobierno del Presidente Carranza. Reconoció el Plan de Agua Prieta para regresar al país, y fué nuevamente electo Diputado al Congreso de la Unión por su tierra natal, Guanajuato. Protestó en la Cámara contra el restablecimiento de la reelección y reorganizó el Partido Antirreeleccionista, como antes dije; pero perseguido este en 1927, Bordes Mangel, por tercera vez tuvo que comer el amargo pan de la expatriación, viviendo durante cuatro años en los Estados Unidos, hasta que pudo regresar a Tijuana, para acabar su vida obscuramente. . .

Uno más de los nuestros que se ha ido. Nunca lo olvidaremos los que quedamos, de aquella falange de abnegados. Pero es preciso que al escribirse en definitiva la historia de la Revolución, el nombre de Enrique Bordes Mangel no pase al olvido, porque fué uno de sus más esforzados paladines en la época más peligrosa y aciaga y porque magüer la ingratitude de que fué victima, nunca renegó de los principios ortodoxos de nuestro movimiento libertario.

Se habla, ahora, de dar el nombre de Bordes Mangel a una de las calles de México. Honor merecido, pero que no compensa los servicios prestados ni las amargas sufridas. ¡No importa! Enrique Bordes Mangel ha de haber muerto ufano de su labor y con la conciencia tranquila. ¡Descanse en paz!

CARLOS B. ZETINA *

En pasados tiempos, era el 4 de noviembre de cada año un día de gran fiesta patriarcal para un numeroso grupo de amigos, colaboradores, empleados, obreros y correligionarios del ejemplar ciudadano mexicano Carlos B. Zetina, que tan conspicuo puesto supo conquistarse en el seno de la sociedad por sus relevantes virtudes cívicas y privadas.

Ese grupo se reunía para agasajarlo con sinceridad, con admiración y con cariño, pues pocos hombres de la generación coetánea han sabido conquistarse tantas simpatías intrínsecas y desinteresadas como don Carlos B. Zetina.

Poco más de dos años hace que el buen ciudadano rindió a la Naturaleza el inevitable tributo. Días muy amargos para él y para sus verdaderos amigos precedieron al de su partida: no porque sufriera mucho físicamente, sino porque había sido víctima de intrigas de agitadores que soliviantaron contra él, con falsas y utópicas declamaciones impregnadas de exóticas teorías, el ánimo de los trabajadores de su fábrica, que hasta entonces lo habían considerado como un padre y como un bienhechor.

Las figuras morales como la de Carlos B. Zetina, tan completa, son por desgracia demasiado escasas en nuestro país y en nuestros tiempos, para que puedan pasar inadvertidas; y quienes tuvimos la suerte de acercarnos a él y de observarlo en sus sentimientos íntimos hacia la patria, hacia la humanidad y hacia el progreso, tenemos a deber recordarlo y mostrarlo a quienes no lo conocieran, como un ejemplo de buen ciudadano mexicano.

Nació don Carlos B. Zetina en San Andrés Chalchicomula, en el Estado de Puebla, y desde muy niño quedó huérfano de padre; por manera que a los once años, terminada apenas su instrucción rudimentaria, hubo de consagrarse al trabajo material, a fin de allegar algunos recursos que el modesto hogar necesitaba con apremio. Fue enviado a Puebla, y colocado allí en un establecimiento de abarrotos, para desempeñar las faenas inherentes a un aprendiz, escasísimamente remunerado. Faenas duras las más de las veces y de

* Nació en San Andrés Chalchicomula, Pueb. (1864-1927) Diputado y Senador por su Estado.

esas que exigen cuidado y tenacidad para no disgustar al patrón, que puede estar mal humorado. Poco dormir, poco comer y mucho trajinar: en estas tres circunstancias se compaginan la vida de esos chicos de las tiendas de abarrotes. Una salida semanal, los domingos, es su único reposo. ¿Porvenir? Muy incierto. Si al cabo de muchos años logran, a fuerza de ahorros indecibles, reunir un puñado de pesos, con la experiencia adquirida quizá se atrevan a establecerse modestamente por su cuenta, y en alguna ocasión tal vez la buena suerte les ayude y alcancen fortuna y hasta brillantez, según hemos podido ver en raros casos. Mas por lo general, su porvenir es el de la vida invariable del dependiente asalariado, con parcos y muy espaciados ascensos. Además, Zetina no podía ahorrar, pues no trabajaba para él, sino para los suyos.

Pero tuvo la fortuna de haber ido recomendado al esclarecido liberal y laborioso industrial poblano don Lorenzo J. Osorio, amigo de su familia, y quien aceptó de buen grado la tutela y vigilancia del chico. A la casa de don Lorenzo iba Zetina los domingos, y de labios del distinguido liberal, que tan buenos servicios prestara a la causa nacional contra la Intervención y el Imperio, recogió el joven aprendiz las saludables enseñanzas que habían de formar esas cualidades de honradez, de laboriosidad y de patriotismo, que caracterizaron su vida toda. El señor Osorio además de educarlo, lo instruía y lo estimulaba a que en sus escasísimos ratos de ocio se consagrara a lecturas útiles que el mismo le señalaba. Y Zetina, que era de clarísima inteligencia y de bien inclinado natural, practicó aquellos consejos con gran fruto, pues llegó a ser el tipo del autodidacta, con muy varia y seria cultura.

La inteligencia y el carácter del muchacho despertaron grandes simpatías por él en el alma bondadosa de don Lorenzo J. Osorio, hasta el punto de que se propuso prepararle un porvenir más halagador, y lo retiró de la tienda de abarrotes, para hacerle aprender los oficios de su propia industria, que era la de la fabricación de calzado, en escala, muy desarrollada para la época. Zetina se esmeró en corresponder a las bondades de su protector y se formó hasta llegar a ser el técnico más competente en el ramo, en nuestros tiempos y en nuestro país.

Pasaban los años. Las simpatías en la casa de Osorio, que Zetina había sabido conquistarse, no eran ya exclusivas de don Lorenzo; quería muy bien toda la familia y la hija mayor llegó a amarlo. Se efectuó el enlace y se crearon los cimientos de un hogar modelo.

Entre mis papeles, —que en la expatriación no tengo a la vista—, guardo copias de cartas íntimas de don Lorenzo a don Carlos, que éste se dignó proporcionarme, en las que lo guía en su nuevo estado, como lo había guiado en sus primeros pasos por la vida seria. Hay ahí frases y conceptos dignos de constituir un manual de moral cívica y laica. Al hablarle de sus deberes para con la familia que va a crear, lo señala también los que tiene para con la patria y para con la humanidad. El conocimiento de esas cartas de familia destinadas a la exclusiva intimidad entre los hombres, es el que me ha revelado el extraordinario valor moral de don Lorenzo J. Osorio, a quien no tuve la suerte de conocer.

Luchando sin cesar, trabajando sin descanso, pensando y estudiando, don Carlos B. Zetina llegó a ampliar su industria hasta un grado muy rara vez logrado por el industrial mexicano, y amasó una considerable y muy bien cimentada fortuna, hasta dejar establecida la fábrica de Tacubaya, orgullo de la industria nacional.

Pero lo excepcional en ese hombre era su altruismo. Socialista de verdad y amigo y defensor verdadero del proletariado, protegió a sus obreros, —que en tiempos recientes se contaron por centenares—, con paternal solicitud. Mucho antes de que en las doctrinas corrientes de nuestro país y mucho menos en la ley, se sancionase la participación de utilidades, don Carlos B. Zetina la estableció espontánea y calladamente en su empresa. Y no sólo eso: también estableció escuela para los hijos de los obreros y habitaciones baratas e higiénicas para sus familias, cuando la ley todavía no pensaba exigirlo. Por último, para atraer a sus trabajadores a los placeres honestos a la hora del descanso, en la misma fábrica les estableció un Casino, en el que podían entretenerse, sin tantufismo pero con moralidad. Para estimular el amor al trabajo y el respeto al que lo ha demostrado, dispuso que cada nuevo taller que se inauguraba al ir ensanchando la fábrica, llevase el nombre del más cumplido y más antiguo de los obreros.

En fin, su fábrica llegó a ser un establecimiento ideal para sus trabajadores, muchos de los cuales en él nacieron, crecieron y murieron. Pero los agitadores exóticos y extemporáneos llevaron allí los gérmenes de su en nuestro medio disparatada propaganda, y las raras e impracticables exigencias que surgían amargaron enormemente los últimos meses de la vida de don Carlos. . .

Otra peculiaridad de aquel gran ciudadano: proclamaba que el

hombre de trabajo especializado no debía abstenerse de participar en la política nacional, pues de otra suerte ésta degeneraba en polftiquería al quedar exclusivamente en manos de los logreros. Y así, lo hizo. Fue de los primeros anti-reeleccionistas, fiel al Partido hasta su muerte; ayudó a periódicos, alentó a principiantes en quienes vió conciencia y dignidad. Al triunfo del maderismo, fue electo diputado a la XVI Legislatura de la Unión, la histórica y gloriosa, y abandonó indignado la nación cuando se impuso la infamia de Victoriano Huerta. Viajó por Europa, estudiando y observando siempre. Incapaz de vivir en la osociedad, estableció en La Habana un respetable establecimiento de su ramo, que prospera francamente bajo la dirección de su hijo don Julio, mientras su hijo don Carlos forma parte del Consejo de la fábrica de México. Al triunfo del Constitucionalismo, Zetina fue el Senado de la República y en él, -lo sé, porque fui su colega-, desplegó muy útiles actividades.

Una vez fue llevado a la Presidencia del Ayuntamiento metropolitano; pero cuando se dió cuenta de los vicios de organización existentes y de la dificultad de corregirlos ya que no disponía de amplias facultades, renunció al cargo y volvió a sus actividades particulares. Algunos dijeron que renunciaba por debilidad; yo sé muy bien que fue por asco. . . Y porque no consentía en asumir responsabilidades de cosas que no estaba en su mano cumplir como él deseaba.

Ha llegado el tercer año de su onomástico en que Carlos B. Zetina no está ya entre nosotros. He querido recordar su memoria con intenso afecto y con legítimo orgullo de mexicano.

La Habana, Cuba, Nov. de 1929.

ING. ALFREDO ROBLES DOMÍNGUEZ*

Pariente del General Robles Pezuela, que tan notoriamente figuró en la vida pública de México a mediados del siglo pasado, el Ingeniero *Alfredo Robles Domínguez* traía en la sangre la afición por la política; pero importa señalar desde luego que su concepto de la política era muy alto y, en consecuencia, muy distinto del empírico afán de politiquear que, para desgracia de nuestro país, se adueñó de tantos hombres de su generación.

* Nacido en Guanajuato (1876-1928). Diputado Federal en la XXVII Legislatura y candidato a la Presidencia, en 1920 por el Partido Nacional Republicano.

Robles Domínguez fué de los fundadores del Partido Antirreeleccionista, y desde el año de 1908 trabajó intensa y fructuosamente en el resurgimiento de las actividades democráticas en la Nación. Poseía fortuna considerable y la puso a disposición de la causa. Era dueño de un gran edificio en la calle de Tacuba y en él se establecieron gratuitamente, los primeros clubs democráticos y antirreeleccionistas que se crearon. Análogos servicios prestó a la causa su hermano, el abogado Don Gabriel.

Era el Ingeniero Robles Domínguez de selecta cultura científica y filosófica y de muy amplio pensar. Tenía sereno valor personal e inquebrantable valor civil. Exquisitamente educado, se captaba inmediatas y grandes simpatías en su trato social. De ahí que tuviera muchos amigos, y a todos ellos los afilió a su causa.

Alfredo Robles Domínguez fué un incansable y muy eficaz propagandista del antirreeleccionismo. Amigo personal de Madero, quien lo estimaba altamente, fué uno de los principales consejeros del Apóstol en los trabajos preparatorios del movimiento de 1910, y cuando éste estaba a punto de estallar, junto con Cosío Robelo y otros, Robles Domínguez fué aprehendido e internado en la Penitenciaría. A pesar del prematuro descubrimiento de la conspiración, el movimiento estalló, tomando en breve gran incremento, lo cual indujo al gobierno porfirista a entablar negociaciones de paz con los rebeldes. El Ministro Limantour conocía bien a Robles Domínguez y trato de valerse de él para negociar con Madero. Al afecto, obtuvo que Robles Domínguez dejase la Penitenciaría y fuese al Norte a conferenciar con Madero, preparando el terreno para las negociaciones que en representación del gobierno habría de emprender más tarde el Licenciado Francisco Carvajal. Más no logró Robles Domínguez quebrantar las inflexibles condiciones que Madero imponía, y su visita al Caudillo sirvió antes bien para robustecerlo en sus propósitos, ya que le llevó la franca adhesión de los revolucionarios antirreeleccionistas de los Estados surianos con los cuales Robles Domínguez estaba muy conectado.

Las conferencias de Robles Domínguez con Madero se efectuaron a raíz de la toma de Ciudad Juárez, y cuando el General Porfirio Díaz convino en renunciar, Robles Domínguez, con plenos poderes de Madero se dirigió nuevamente a la capital para recibir la capitulación.

En esos momentos, Robles Domínguez tuvo un poder ilimitado. Puso en libertad a todos los presos maderistas y estableció su Cuartel General en las calles de Roma, de la ciudad de México, si no recuerdo mal. Todas las autoridades porfiristas acataban sus órdenes sin discusión. En la capital, fué Robles Domínguez, por unos días, el poder único y absoluto. Para las disposiciones ejecutivas, fué su brazo derecho Francisco Cosío Robelo.

Cuando Don Francisco L. de la Barra tomó posesión de la Presidencia interina de la República, se vió obligado a seguir reconociendo facultades a Robles Domínguez, pues las fuerzas libertadoras del Sur, todavía en armas, sólo con él querían entenderse. Por tal motivo, conservó en funciones su Cuartel General, y cuando los revolucionarios del Norte llegamos a México con Madero a nuestro frente, Robles Domínguez organizó el triunfal y nunca visto recibimiento, que, al propio tiempo que de entusiasmo desbordante, fué modelo de orden y compostura. Para esto, Robles Domínguez retiró del servicio a toda la gendarmería y confió la guardia del orden a la sensatez y al civismo del pueblo mismo. Ya antes, durante los disturbios populares del 25 de Mayo, cuando la muchedumbre exigía la renuncia del presidente Díaz, Robles Domínguez y sus lugartenientes habían restablecido el orden en la ciudad, sin derramamiento alguno de sangre.

Pequeñas diferencias de criterio sobre puntos concretos, impidieron que Robles Domínguez formase parte del Gabinete del Presidente Madero. En la Convención Plebiscitaria de 1911, que yo tuve el alto honor de presidir, Robles Domínguez fué uno de los precandidatos a la Vicepresidencia de la República. Como se recordará, los otros fueron Pino Suárez, Vázquez Gómez e Iglesias Calderón.

Durante la "decena trágica", Robles Domínguez se puso nuevamente a las órdenes de Madero, y todavía en la mañana misma de la aprehensión de éste por Huerta y Blanquet, Robles Domínguez se presentó en Palacio y reveló a Madero la traición de que iba a ser víctima, sugiriéndole que ordenase la inmediata destitución y el procesamiento del General Huerta; pero el Presidente Madero, con aquella ingenua confianza que lo cegaba, estimó infundados los temores de Robles Domínguez y aun lo conminó enérgicamente para que se abstuviese de hacer circular esa versión, que juzgaba calumniosa para Huerta. . .

Como era lógico, Robles Domínguez se adhirió a Don Venustiano

Carranza, cuando el Gobernador de Coahuila desconoció al Usurpador y organizó el movimiento constitucionalista para derrumbarlo; y en Agosto de 1914 ejerció en México, en nombre de Carranza, funciones análogas a las que en 1911 había desempeñado en nombre de Madero.

En las elecciones de 1920, Robles Domínguez aceptó la candidatura presidencial por el Partido Católico, con los fines, según me explicó, de sumar ese grupo a las conquistas de la Revolución; pero su acción fué mal interpretada por la mayoría de los revolucionarios, y desde entonces Robles Domínguez se retiró totalmente de la política activa, aun cuando siempre, —hasta su muerte acaecida ha dos años—, fué un fervoroso de la obra y de la memoria de Madero.

GRAL. FRANCISCO R. SERRANO*

Desde que durante el movimiento maderista de 1910 entre ambos formamos parte de la Junta Consultiva de la Revolución, trabé grande y cordial amistad con don José María Maytorena y, si cabe, la estreché aún más cuando él fué al Gobierno Constitucional del Estado de Sonora y yo pasé a desempeñar la Secretaría del Presidente de la República. Durante el breve y agitado período presidencial de Madero, el Gobernador de Sonora fué una o dos veces a la capital de la República, para tratar con el Presidente importantes asuntos oficiales y políticos. Don José María iba acompañado de su joven e inteligente secretario particular, a quien me presentó con calurosos elogios. Este joven secretario era Francisco R. Serrano, uno de los antirreeleccionistas más entusiastas del por sí entusiasta Estado de Sonora.

Sin embargo de haber simpatizado desde el primer momento, Serrano y yo nos tratamos poco fuera de nuestros contactos oficiales, sea porque sus estancias en la capital fueran siempre cortas, o porque la situación que yo ocupaba y las arduas y constantes labores a ella inherentes circunscribieran la vida social e íntima a un círculo muy determinado y estrecho.

* Nacido en Sinaloa y avecinado en Sonora (j- 1927). Fue Diputado federal en 1918.

Pero en 1913, derrocado Madero e iniciada la protesta armada del Constitucionalismo, despues de una breve y fructuosa excursión político-financiera que hice por Europa, vine a Hermosillo, Sonora, donde el Gobernador Maytorena me encargó de la oficialia mayor de su Gobierno, con funciones de Secretario de Estado; y entonces volví a ver a Pancho Serrano y tuve oportunidad de conocerlo en mayor intimidad y de convertir en personal y muy amistoso el contacto que hasta entonces sólo había sido oficial.

Pero en esta ocasión, Pancho Serrano vestía uniforme militar. Había empuñado las armas y había combatido en los primeros, duros encuentros en defensa de la legalidad, y a la sazón era jefe del Estado Mayor del entonces todavía Coronel Alvaro Obregón, cuya absoluta confianza supo captarse, como antes se había captado la del Gobernador Maytorena. Desde entonces, Serrano empezó a ser el brazo derecho de Obregón, aunque éste no había perdido aún el suyo físico.

Una vez librados los combates iniciales tanto en el Norte como en el Sur del Estado, el enemigo quedaba bien encerrado en Guaymas, y la tranquilidad renacía en el resto del Estado, de tal manera que Hermosillo ofrecía tranquila, alegre y confiada tanto más cuanto que a poco tiempo llegó allá el Primer Jefe Carranza con su séquito, y la capital de Sonora se convirtió virtualmente en la capital provisional de la República.

Bien pronto, principalmente motivados por elementos adictos a Obregón, empezaron a surgir dificultades entre las autoridades militares y las constitucionales del Estado; y en esa pugna, el gabinete del señor Carranza, a excepción del General Felipe Angeles, francamente se inclinaba a apoyar a Obregón en contra de Maytorena, por modo que mis tareas como Secretario de Gobierno se tornaron muy penosas y delicadas. Sin embargo, en cuanto de él dependía, Pancho Serrano atenuaba las molestias que se inflingían a su antiguo Jefe el Gobernador Maytorena, por quien siempre sintió cariño y respeto. Como ya entonces Serrano y yo éramos muy buenos amigos en lo personal, con entera lealtad, uno y otro, nos esforzabamos por evitar un rompimiento definitivo entre los grupos a que respectivamente perteneciamos. Fué entonces cuando, intempestivamente, el Primer Jefe me mandó en misión diplomática confidencial a Europa. Aun no había embarcado yo en Nueva York, cuando aquel temido rompimiento era un hecho consumado.

Durante mi ausencia en Europa, relativamente prolongada aunque interrumpida por dos breves visitas a México por llamadas del Primer Jefe para conferenciar, no tuve nuevo contacto con Pancho Serrano, pues él hallábase en campaña. Restablecido el gobierno constitucional, le ví rápidamente, pues Obregón se había retirado a Sonora, y Serrano hacía frecuentes viajes a aquel Estado. Más, en las postrimerías del período constitucional del Presidente Carranza, nuestra amistad volvió a reanudarse muy estrechamente, a tal grado, que entre Serrano y yo logramos el sensacional cambio de impresiones entre los Generales Pablo González y Alvaro Obregón en el mes de abril de 1920, de la cual conferencia resultó el derrocamiento del propósito impositivista del ex-Primer Jefe y el cambio de régimen dentro de la Revolución misma.

Nuevamente fuí enviado a Europa por el Presidente Interino don Adolfo de la Huerta, y por algunos meses dejé de ver a Pancho Serrano; pero, a mi regreso, aunque las órbitas de nuestras actividades eran bien distintas, cada vez que teníamos oportunidad de estar reunidos nos tratábamos con cordialidad suma.

Aunque el General Serrano era amigo íntimo y leal del General Obregón, sus convicciones políticas no le permitieron, en 1927, estar de acuerdo con las reformas constitucionales tendientes a restablecer disimuladamente la reelección presidencial, y entonces su figura empezó a perfilarse como presidenciable, a pesar de que ciertas ligerezas de su vida íntima hacían temer que su viril carácter pudiera tener eventuales e intermitentes instantes de solución de continuidad. Pero las simpatías de que generalmente disfrutaba, fueron más fuertes que tal temor, y cuando Serrano se resolvió a aceptar su candidatura para la Presidencia de la República, para contender en los comicios contra su amigo Obregón, me buscó para proponerme que me pusiera al frente de su campaña electoral. Acepté en principio, siempre y cuando consintiera en presentar previamente su candidatura a la Convención del Partido Nacional Anti-reeleccionista, del que era yo miembro activo. Estuvo conforme, pero sus amigos incondicionales se precipitaron y lanzaron su candidatura por cuerda separada antes de la celebración de la Convención del Partido. De esta guisa, quedó fuera de discusión convencionista, y yo hube de alejarme de él, sin quebranto de nuestra personal amistad, porque mis convicciones sobre política orgánica no me permiten sostener candidatura alguna que no salga de la Convención de mi partido, mientras yo me considere miembro activo de él.

Designado candidato del Partido N.A.R. El General Arnulfo Gómez, yo traté de unificar los esfuerzos de los partidarios todos del anti-reeleccionismo, y tuve la satisfacción de encontrar las mejores intenciones para lograrlo, tanto en Gómez como en Serrano. En esto estábamos, cuando... Al hablar en estas notas del General Arnulfo Gómez he dicho que, sinceramente, es un misterio para mí lo que sucedió en los primeros días del mes de octubre de 1927. Ese misterio ha empezado a aclarármese, pero no todavía en la proporción que me fuera necesaria para asentar hechos de carácter preciso e histórico. Pero no dudo de que llegará momento en que pueda hacerlo. Recientemente, el escritor revolucionario Martín Luis Guzmán, en forma novelesca y con nombre supuestos, ha revelado una parte de la tragedia; pero repito, día llegará en que puedan darse datos exactos a la historia. Pancho Serrano, fusilado según unos, asesinado según otros, murió en plena madurez viril. Su cadáver reposa en el Panteón Francés de México, y yo visité devotamente su tumba, antes de exiliarme. Al pasar por Progreso, supe del fusilamiento del General Gómez...

Serrano, de aguda inteligencia natural, de gran magnetismo personal, poseía una buena cultura general, y hubiera sido un buen Presidente, si lograba disciplinarse en lo personal, lo cual estaba logrando en sus últimos tiempos.

¡Descanse en paz el buen amigo!